

Año I.—Número 3

Montevideo

Febrero de 1909

EL ESPÍRITU NUEVO



Dirección: 18 de Julio N.º 150
Administración: Calle Gaboto Núm. 260

Suscripción por trimestre:
Capital é Interior \$ 0.20 — Exterior \$ 0.25

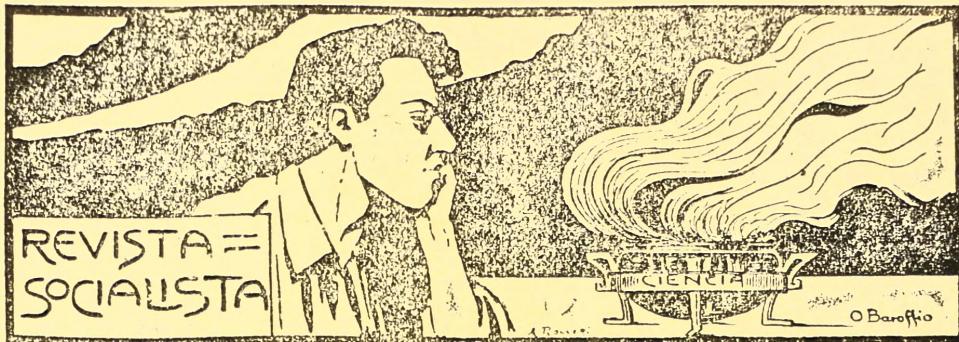
SUMARIO

Crónica: El terremoto, **Emilio Frugoni**—Las ovejas, **Carlos M. Ferrando**—Del náural, **Rafael Barret**—La acción social del Estado, **Adolfo Builla y Almagro**—Divagaciones, **Romero E. Benazzola**—El medio ambiente, **Lorenzo B. Crespo**—Educación y Socialismo, **M. A. Bermúdez**—La guerra, **Dr. Juan B. Justo**—Arte y Socialismo, **Leonard D. Abbot**—Los delitos contra las costumbres, **Juan Pablo Marat**—El Evangelio, **E. Zela**—Psicología de las huelgas (conclusión), **Camille Mauclair**—Socialismo é individualismo, **A. C. Thomson**—Los trusts, **M. Beer**—La bancarrota del individualismo Del extranjero—Superstición socialista y miopía individualista, **E. Ferri**.

Agente en Buenos Aires
EDUARDO PORRINI
CUYO 3149

I.I.S.G.
COLLECTIE
UGO FFDELI

EL ESPÍRITU NUEVO



REDACCIÓN

Calle 18 de Julio N.º 150

AÑO I.—Núm. 3

Montevideo, Febrero de 1909

ADMINISTRACIÓN

Calle Gaboto N.º 260 b

CRÓNICA

El terremoto

«La humanidad se ha sentido conmovida por la horrible catástrofe... La frase ha tenido una vez más su triste hora de predominio en los comentarios de la prensa mundial. La piedad humana ha vibrado bajo el golpe de aquel sacudimiento formidable, á cuyo empuje ciudades enteras se han derrumbado, como en un capítulo de la Biblia. De aquí la ocasión de un alto ejemplo de solidaridad universal, que los optimistas han interpretado como un indicio revelador de sentimentales tesoros ocultos en el fondo de todos los corazones, aún de aquellos que parecen más empedernidos. Algunas fantasías generosas han querido ver en ese fenómeno de súbita fraternidad, un augurio de inefables armonías humanas, y más que ese augurio, la demostración de que no debe desesperarse de la eficacia del sentimentalismo como elemento de grandes transformaciones en el sentido de un vasto acuerdo de voluntades y de afinidades en la convivencia de los seres conscientes. Hombres de todas las regiones de la tierra han compartido el dolor de aquellas víctimas desconocidas y lejanas. Nos hemos sentido hermanos á través y por encima de las fronteras y de los mares. Es decir, que la solidaridad existe y que el «homo hominis lupus» de Hobbes va siendo cada

día menos verdad, en bien de las futuras y soñadas concordias...

Así han pensado algunos. Otros,—como un distinguido escritor que oculto bajo el seudónimo «Rienzi» colabora en «La Vanguardia», de Buenos Aires,—han sonreído de incredulidad ante el boato de las demostraciones caritativas. «Rienzi» ha dicho que no le convencen los aspavientos de commiseración provocados por la reciente catástrofe. No comulga con su sinceridad... Para que creyese en la sinceridad de esas exteriorizaciones sería preciso que antes hubiera visto á los mismos que hoy se exhiben impresionados por el desastre y deseosos de socorrer á las víctimas con gruesas sumas de dinero, compadecerse ante el cotidiano espectáculo del ageno dolor que por todas partes nos rodea; que pasa á todas horas por nuestro lado, desesperante y terrible, sin obtener de nosotros ni un alivio, ni una mirada de piadoso interés... «Mi vecino de la derecha—escribe—habita una mansión sumuosa. Es viudo, sin hijos y posee una fortuna colosal. Es propietario de un gran número de conventillos, de los más sórdidos é inmundos conventillos de la capital federal. Explota á sus inquilinos en la forma más brutal y odiosa... ¡Y guay del que no abone puntualmente!... La morbilidad y la mortandad, sobre todo en la infancia, es espantosa en esto»

antros humanos, de cuya renta mi dichoso vecino de la derecha disfruta sibaríticamente. Sin mujer, sin hijos, sin afectos ni amor en la vida, es un verdadero ogro alimentado con el sudor y la sangre de los pobres. Jamás sentimiento humano ha conmovido su corazón. Pero esta vez, la muerte trágica de cien mil calabreses y sicilianos lo han conmovido profundamente, despertando en él los dormidos sentimiento de «solidaridad humana». Fué él quien inició la subscripción para socorrer á los sobrevivientes del terremoto. Su nombre figura en todos los diarios...

Y como «el vecino de la derecha», dueño de conventillos cavernosos, el fabricante inhumano, expoliador de los trabajadores, y el político sin conciencia, enriquecido á costa del sudor del pueblo, y el tabernero de la esquina, envenenador de sus parroquianos, y el cura, y el cafetero, y el usurero, y el asesino galoneado...

«Tales son los elementos—concluye—que concurren á la tan decantada «solidaridad humana» en el dolor y la desgracia! ¿Cómo creer, pues, en la autenticidad de sus sentimientos y en la sinceridad de su dolor? Son grandes actos de hipocresía oficial y colectiva, muy cómoda para aparentar y fingir lo que no se siente y consolidar el prestigio de las actuales instituciones sociales. Hay desastres más grandes que los terremotos y cuyos efectos son muchos más hondos y universales; y sin embargo, pocos son los que se conmueven por ellos.» Recuerda el alcoholismo; los accidentes del trabajo ocasionados por la codicia de los patrones; la tuberculosis, que como el alcoholismo es una herencia de la miseria; las guerras, obra intencional del hombre. Y entonces pregunta: «¿Para qué tanto dolor fingido, tanto sensibilismo no sentido y tantos aspavientos ante la catástrofe consumada é inevitable? ¿A qué tanta indiferencia y despreocupación, tanto abandono criminal y absoluto desden por todas las calamidades aún no consumadas y evitables que nos asedian en nuestra diaria labor?»

Pero nuestro distinguida colaborador Esteban Dagnino, si bien está de acuerdo con «Rienzi» en lamentar el contraste que presentan las exteriorizaciones fraternales de ahora con la indiferencia de todos los días ante desgracias permanentes que nadie se cuida de mitigar—acepta, contra lo enunciado por aquél, que

el «actual movimiento de solidaridad no puede ser todo producto de las ficiones humanas ni de la hipocresía dominante». En consecuencia opina que no debe «rechazársele y desaprobárselle como inútil y absolutamente estéril»; antes bien, él ve «en esta uniformidad y espontaneidad universal de sentimientos un motivo de esperanzas en días mejores.»

Ambos contrincantes tienen su parte de razón. La tiene «Rienzi» cuando pone en duda la sinceridad de las demostraciones emanadas de quienes pasan su vida explotando, envenenando, condenando sus semejantes á la miseria, al vicio y á la enfermedad. De quienes han endurecido su corazón en la práctica de la impiedad y lo han recubierto de una gutapercha psicológica que lo aisla de las corrientes simpáticas... La tiene también, y sobre todo, cuando se indigna ante la aparatoso teatralidad de que las clases altas revisten estos movimientos de «solidaridad ruidosa y caridad llamativa», que se resuelve en grandes actos de hipocresía oficial y colectiva.» Pero no anda tampoco desencaminado Dagnino cuando sostiene que no es todo hipocresía en ese vasto movimiento de fraternidad universal que acaba de producirse. Porque entre los que han contribuido á él,—aparte de esa «masa anónima cuyos sentimientos son indiscutibles», como reconoce «Rienzi», y cuyo óbolo, aunque permanezca en el «más absoluto anónimo», basta para poder afirmar que no todo es farsa en esa actitud universal de consideración—hay un gran número de hombres que, no obstante sus acciones diarias poco justas y altruistas, se han sentido realmente afectados por la horrible desventura de Italia. Esquilman, explotan, envenenan ó corrompen—pequeños comerciantes, ignorantes taberneros, afanosos buscavidas, trapisondistas legalizados—sin darse cuenta de que son, en su esfera, casi tan perjudiciales al proceder así como la ciega fuerza cósmica que derribaba viviendas en «Calabria». Las penurias á quo ellos contribuyen ó que ellos provocan y que en torno de ellos se debaten, no les alcanzan porque para ellas su espíritu está abroquelado en una残酷 inconsciente, sedimento fatal de la lucha por la vida, hecho carne en la costumbre, que es, como dijo Pascal, una segunda naturaleza. Para esos casos una sociedad que proclama el derecho abso-

luto del vencedor, confunde el mérito con el éxito y consagra inapelablemente la justicia del triunfo, ha debido encontrar un criterio de indiferencia que libre del estorbó de los escrúpulos morales á quienes siembran su camino de víctimas. Y ese criterio, trasmitido de padres á hijos nos impide condolernos de los que van cayendo á nuestro lado, y nos deja continuar, impasibles, sin aprensiones, nuestra marcha sobre los cadáveres... Si es ley ineludible que deba haber vencidos y vencedores, el vencedor no hace más que cumplir su destino, y no es por tanto responsable del crimen de vencer. En un campo de batalla, el soldado que mata á su enemigo no es un criminal, porque se defiende. Si la vida debe construirse sobre la desgracia ajena; si la muerte ó la derrota del prójimo es la condición de nuestra propia existencia, la ley fatal, inexorable —más poderosa que nosotros mismos—es una ley sin entrañas: matar para vivir, derrotar para no ser derrotados. Entonces ¿cómo culpar al que hiere para no sucumbir? La conciencia no pue de declarar delictuoso lo que es necesario. Y detenerse á curar con el regatón de nuestra lanza las heridas que su punta infiere, á cada paso, en este batallar sin tregua, es contrario al espíritu mismo de la lucha, y valdría tanto como entregarse atado de pies y manos al infatigable adversario, monstruo de mil cabezas renacientes. El que tiene que combatir no puede recoger á los caídos... Por otra parte, el sentimiento humano sabe adaptarse á las circunstancias. Cuando el ejercicio de la piedad ó del humanitarismo es difícil si no imposible, ó representa un sacrificio de insignificantes resultados, el sentimiento cierra sus ojos y acalla su voz en el fondo misterioso de los corazones. Decimos que se embota, que se asombra al doloroso espectáculo, persistente en torro nuestro. Entonces oímos la palabra de la razón que nos presta una fórmula de conformidad para dejar nos en buena armonía con nuestra propia conciencia. ¡A qué afigirse por lo que no podemos evitar! Sobre todo, por lo que es tan común y repetido? Si hubiéramos de disponer de una lágrima para cada desgracia que se roza con nosotros en el despeñadero de la vida, no tendríamos tiempo bastante para llorar... Así es como las desgracias corrientes piordan la virtud de conmovernos. Nos familiariza-

mos con ellas y no nos es ya posible angustiarnos por su presencia ó por su sombra.

Es por eso que ha podido admitirse la sinceridad del dolor ante la catástrofe lejana, aún entre los mismo vencedores crueles y soberbios en la insolencia de su triunfo fastuoso, conscientes de lo injusto y poco fraternal de sus actos; vencedores que explotan, ó tiranizan, ó exprimen como uvas sangrientas á sus presas humanas—de tal modo que no pueden hacerlo sin la clara noción de su inhumanidad. Y es que esta catástrofe significa á sus ojos una desventura nueva. Además, y esto es lo verdaderamente importante—ninguna conveniencia capital se opone á que se la deplore y se la mitigue con la eficacia del socorro. Deplorar y mitigar las penurias á que ellos contribuyen sería absurdo. Porque si en realidad las deploran, deberían comenzar por no causarlas. Pero no causarlas equívocaría á renunciar al goce de cuánto han conquistado con el arma de su egoísmo y en lícito uso del derecho que sirve de base á las instituciones contemporáneas. Y ¿por qué renunciar á ello si la moral bajo cuya égida colocan la injusticia de sus actos, legítima y sanciona esa conquista que los enorgullece y los eleva? Si algunas espaldas crugen bajo el peso de su riqueza y poderío, nada debe importarles, desde que es un derecho sagrado lo que asientan y radican sobre esas bases que jumbosas... Si los ayes de los vencidos llegan á despertar algún sentimiento en el fondo de sus conciencias de hombres, basta para tranquilizarlos la convicción de que viven en la santa aureola de un santo y venerable derecho... ¿Cómo han de ser inmorales é inhumanas sus acciones, cuando ellas no tienen otro fin que prepararles y asegurarles el goce de un derecho que constituye algo así como la esencia, el alma misma de la sociedad del presente? Para consagrarse en la práctica de la vida moderna de ese derecho de levantar el edificio de la fastuosa fortuna á costa del trabajo ageno al amparo de «la libertad de trabajo»—esa invención de la burguesía que rinde en sus manos tan maravillosos resultados—y ese otro de vender por cuatro lo que se compra por dos, ó de envenenar al prójimo, en nombre de la «libertad de comercio»—ó aquél otro de arrojar al proletario á cavernas más sombrías y sucias que las de las edades trogloditas, sustra-

yéndole en cambio el producto de su trabajo... libre, y que descansa en el más contemplado de los derechos actuales: el de propiedad; para conseguir todo eso, la clase dominante ha sacudido profundamente al mundo y ha derramado caudalosos ríos de tinta y de sangre. ¡Habrá de renunciar por puro sentimentalismo á lo que obtuvo con tan grandes esfuerzos! No, ciertamente, y el exploliador moderno no ha de condolerse—por un motivo de interés y otro de lógica—de los males que la exploliación consagrada y sistemática origina en torno suyo... En la fiera convicción de sus principios, juzga esos males, dolorosos desde un mezquino punto de vista personal—el de la víctima—pero justicieros y naturales como consecuencias de una función social, casi venneranda, que él ejerce con el orgullo de quien cumple una verdadera misión histórica. Los mira con la indiferencia soberbia con que la naturaleza contemplaría, si tuviera un espíritu consciente, todos esos cercenamientos, esos derrumbes, esas continuas muertes entristecedoras que se producen en cumplimiento de leyes fatales, inflexibles, pues le son necesarias para realizar el infinito destino de su renovación eterna.

Pueden, pues, los miembros de dicha clase, lamentar los efectos del fenómeno seísmico—y acaso lo harán sinceramente—porque su deploación no significa un reproche de la conciencia á la conducta social que sanciona y auspicia tantos triunfos que chorrean sangre y lodo. Es preciso advertir también que se trata de un espectáculo al que sus ojos no se han acostumbrado aún... El alma se cansa de sentir una misma impresión. Llega á la insensibilidad por el cansancio. La continuidad de una determinada sensación hace que concluya por no percibirla. Es un fenómeno fisiológico. Los sabios asegúran que no oímos el rumor de los astros girando en el vacío porque nacemos oyéndolo. Igual sucede con cualquier otro sonido continuado—imaginaos un lamento—cuyas ondas nos envuelvan día y noche, sin cesar un instante, en un flujo que nos circunde ilimitadamente. El terremoto: he ahí un ruido que felizmente no sé oye todos los días. Pero si se repitiera con la frecuencia abrumadora de los accidentes del trabajo, no volverían á producirse por su sola causa los vastos movimientos de solidaridad que ahora elevan un resplandor de espe-

ranza y de fe en el futuro sobre el cuadro sombrío de la gran desventura.

Poco significa, pues, que unos y otros hayan podido conmoverse de verdad ante lo terrible y trágico de aquella irreparable desgracia.

Esto es lo que debe hacer meditar á los que confían demasiado en la eficacia de los sentimientos altruistas como factores de transformación social. Las desgracias agenes más nos asfigen cuánto más nos sorprenden. Cuando las vemos reproducirse con insistencia desesperante alcanzan menos cada vez. Hasta que se nos hacen familiares; y entonces se san de quitarnos el sueño. La humanidad es cruel porque se acostumbra al dolor.

Los que sufren no han de esperarle todo de la compasión agena. El alivio ha de llegar impuesto por intereses y necesidades que se concilian hondamente con la piedad y el amor de los unos para los otros, pero que apenas deben contar con el auxilio de esos sentimientos si quieren surgir, lo antes posible, á imponer su ley de igualdad y de justicia en todos los ámbitos de la vida social. De la fuerza vital que radica en aquellos intereses depende el porvenir. Mejor dicho: el porvenir será nuestro cuando ellos lleguen á ser realmente una fuerza incontrastable. Esa fuerza es la que, paulatinamente, ha de sacar á luz la armonía del universo, de las entrañas convulsionadas de este profundo caos de los antagonismos de clase. Y es por tanto en nombre de esas intereses y aquellas necesidades humanas—y no en el de sentimentalismos más ó menos generosos—que se ha empeñado el combate y la campaña emancipadora se extiende de un confín al otro del planeta. Que hagan los oprimidos tremolar ese lábaro y se lancen á la lucha sin esperar nada de la generosidad de los opresores, ni de la commiseración de los neutrales, si existen. A ellos corresponde conquistar con propias manos su bien, realizando así fines más altos que sus conveniencias de clase, por cuanto éstas encarnan, en la hora presente, las aspiraciones más justas y amplias de la humanidad.

Las ovejas

El órgano «grande» del catolicismo montevideano está, decididamente, histérico.—Con motivo del banquete con que fué obsequiado el doctor Palacios, tuvo un femenino desahogo de rencores, vertidos en un editorial tan desprovisto de equidad y sentido como abundante en frases que tuvieron la intención de ser mordaces.—Después, disertando sobre el robo del cónpon y la custodia de la capilla de los Talleres de Don Bosco, ha desatado su indignación contra el buen pueblo de la capital, pretendiendo amedrentarlo con amenazas de terribles castigos celestiales—que colocarían en la categoría de las lentejas á la reciente catástrofe de Sicilia—en pago de su impiedad e indiferencia ante tamaño sacrilegio, á pesar de que un cura disidente—(no es mal sastre el que conoce el paño)—acusó, tanto de este suceso como del incendio de la iglesia del Cordón, á los que elevan sus preces de damnificados en demanda de donativos que ayuden á su «humilde» mantenimiento de parásitos.

Tales recursos están, sin embargo, ya gastados, y no surten efecto.—No es condueños venenosos, como en el primero de estos casos, ni profetizando desventuras risibles, como en el segundo, que la iglesia conseguirá reconquistar sus perdidas posiciones.—Ciertamente, no hay poder en el mundo que pueda devolverle sus antiguos fueros.—La fe en lo divino se ha marchado, rumbo á lo ignoto, y pierde el tiempo quien aguarde su vuelta.

Pero el sentir de la grey católica es uniforme.—Educada bajo el yugo y sumisa á los mandatos de sus explotadores, ni conoce más ley que el látigo ni más método de convencimiento que el temor.—Y aún cuando ya debieran estar plenamente persuadidos de su absoluta esterilidad en nuestro siglo, á ellos acuden, porque su dogma no puede ser difundido por medio de la luz y de la persuasión...

Bien dice Rápide: ¡Pobres bestias las que necesitan del rebasto y del pastor!

Carlos N. Ferrando.

Del natural

En la casa de los tísicos.

Lo que mató al 4, más que la enfermedad, fué la idea. Apenas entró en el lazareto, le dió la manía de salir, convencido que de lo contrario moriría pronto. Hablaba todavía menos que nosotros, y en el hospital no se habla mucho, pero le adivinábamos el pensamiento, como sucede donde se piensa demasiado. Las ideas fijas fluyen silenciosamente de los cráneos, y se ciernen sobre las cosas. A pensar de que los que sufren son por lo común bastante crueles, el 4 nos inspiraba alguna lástima. Su cama estaba en frente de la mía. Era un muchachito de dieciseis años, rubio y blanco; parecía el hijo de un príncipe, y su andrajoso uniforme del establecimiento, un disfraz inexplicable. Tenía bucles de oro, y admirables ojos azules. Estaba demacrado en extremo; andaba con el paso lento, automática, propio de los clientes de la casa. Sin embargo, una circunstancia extraña le distinguía de ellos: caminaba erguido. Por excepción, su pecho no presentaba esa funebre concavidad de los tísicos, hecha por la muerte que viene á sentarse allí todas las noches. El 4 enflaquecía y se mantenía derecho; era un tallo cada vez más fino, y siempre gracioso. Sin duda su esqueleto era bonito y brillante como un juguete.

Supimos que era hijo, no de un príncipe, sino de un herrero, que la madre estaba enferma, y que tenía varios hermanos pequeñitos. Le habían metido de gana en un seminario, y se había escapado ansioso de libertad. Había regresado á Montevideo, y trabajaba de tipógrafo. El polvo del plomo envenenó aquellos pulmones delicados, y ahora, preso en el «aislamiento» ¿qué le restaba?

—Aguardar el turno, según la eterna frase del 18.

El 4 no luchaba ya. No tocaba los dos huevos medio podridos con que le obsequiaba la «caridad» diariamente, ni la leche infecta, ni las piltrafas de carne recocida. Se dejaba ir. Recto, estóico, mudo, bello, era un lirio agonizado de pie.

Un dia, no obstante brilló para él, por vez postrera, la esperanza.

Hay «visita» al hospital de tuberculosis cada dos semanas; cada dos semanas se permite á las madres contemplar á sus hijos ocupados en morirse. La del

debía estar muy mal para no acudir al lado de los bucles de oro y de los ojos azules. En cambio, aparecía de tarde en tarde el padre, grueso, cabizbajo, sin expresión, lacónico. Traía al enfermo un poco de fruta ó de dulce, y se marchaba, sin un beso, sin volver la cabeza, lo cual nadie sorprendía. Es la costumbre de la gente pobre.

Aquel domingo, el herrero dijo—con indiferencia—que unos tíos deseaban tener al muchacho y cuidarlo en la campaña.

—¿Quieres ir?

—Oh!, sí!

Y los ojos azules centellearon.

—Bueno. En la otra visita te llevaré conmigo.

Durante quince días pasó algo increíble: uno de nosotros era feliz. Al 4 se le había desatado la lengua, y nos describía la casa de sus tíos, los corrales con las gallinas y las vacas, las legumbres del huerto, la sombra de los árboles, la frescura del arroyo, la luz y el aire libre. Se sentía salvado, capaz aún de jugar y de correr, y nosotros nos entristecíamos con la envidia de la salud ajena. Hasta se nos figuró que el 4 engordaba... cuando en realidad la impaciencia le acababa de consumir.

Llegó el famoso domingo. Con mucho retraso asomó el herrero. Avanzaba pesadamente, con los ojos injectados. Su hijo lo esperaba, sentado en su lecho; se había vestido la ropita nueva, la «suya». Estaba listo.

—Vamos?

—A dónde? preguntó el padre.

—A casa del tío... ¿no recuerdas? ¡No íbamos á pedir hoy el alta?

El hombre se esforzó por hacer memoria. Su aliento oía á vino.

—Mejor es que te quedes.

—Es que no estoy bien.

—Eh?

—Que no estoy bien. En la última quincena bajé cuatro kilos.

—Cuatro kilos?

—No estoy bien... insistió el desgraciado.

—Mejor es que te quedes, repitió el herrero.

Y balanceaba el hirsato testuz. Despues se fué.

El 4 se desnudó y se acostó. Los compañeros se reían del chasco.

—Qué tenía tu viejo?

—Estaba tomado, y no se acordaba...

Tampoco nos sorprendió esto. El alcohol consuela y verdad?

A la media noche, me despertó un ruido familiar, y en aquel momento, no sé por qué, lígubre. El 4 tosía y escupía. La claridad era escasa. No se alumbraba el cuarto por espíritu de ahorro y por no tener que limpiar tubos. Me levanté y fui á la cama de enfrente. Una mano flaca y pálida me alargó la salivera. Miré: estaba negra.

—¡Sangre! dijo el niño.

Murió el otro domingo. No era día de visita.

Rafael Barret.

Montevideo, Febrero de 1909.

La acción social del Estado

El Estado tenía una deuda atrasada con uno de los elementos de la vida social humana de más alta significación, por la evidente necesidad de su colaboración en la total obra que el hombre realiza para existir. Nos referimos al elemento personal de trabajo material, al llamado operario. Desde que el órgano jurídico esencial de la sociedad se constituyó, siquiera fuese rudimentariamente puede decirse que legisló acerca de la propiedad dando en esto clara, patente muestra de que reconocía, como no podía menos, que lo económico es cosa fundamental en la existencia de la humanidad, y paulatinamente, pero ya de tiempos atrasados proceden esas leyes que regulan la constitución, la modificación, la transmisión y hasta la muerte de la propiedad; y no obstante la capital importancia que en cuanto al origen de ella se atribuye en todas las legislaciones antiguas y modernas al trabajo, al esfuerzo personal que efectivamente la determina, es lo cierto que el predominio del «capitalismo» en el sentido de adquisición de propiedad mediante el trabajo de otro que el que en definitiva ha de disfrutar de sus ventajas, no retribuido ni en proporción del esfuerzo exigido ni en razón de los goces que al propietario ha de reportar, ha venido cristalizando en las leyes, hasta tal extremo que en la legislación civil, en la legislación criminal, en la legislación procesal, en la legislación administrativa y hasta en la legislación política, todo se mira desde el punto de vista de la protección del poseedor—«beati possidentis»

—durante siglos; atiéndese sólo á favorecer al «rico», á asegurar, á crecentar su situación, legitimando de este modo el mero valor de la potencialidad económica; pero únicamente en cuanto á los resultados y estableciendo un doble divorcio con la realidad; divorcio, por no tomar en consideración los orígenes de la propiedad, producto de la explotación del débil, del obrero, del ignorante, del generoso, del desvalido, y divorcio, por despreciar, ó por lo menos no apreciar en su debida importancia el valor social del trabajador material, sin cuyo concurso ha sido, es y será completamente imposible «la apropiación», fundamento «sinc qua non» del hecho y por consiguiente del derecho de propiedad.

Y no se diga que esta deuda no ha sido reclamada hasta ahora, pudiendo haber prescripto por lo que á épocas antiguas se refiere, como acaso se desprenda de ciertas manifestaciones de más de un sociólogo, no; la destrucción, el total aniquilamiento de los vencidos en las conquistas de la más remota antigüedad, realizadas las más de ellas por la necesidad de ocupar nuevas tierras para poder vivir el conquistador; la esclavitud después, las castas, y las clases más tarue; las luchas sociales en Grecia y Roma, seguidas de ventajas obtenidas por los grupos inferiores; las guerras de los campesinos de la Edad Media, los gremios y sus privilegios, los mismos fueros municipales españoles en gran parte son signos visibles, en múltiples ocasiones sangrientos, de las reivindicaciones de los desposeídos contra los poseedores de las riquezas. Pero no por eso hemos de dejar de reconocer que, á medida que el tiempo avanza, el Estado se apresura, en verdadera progresión geométrica, á solventar su deuda con aquel elemento de que venimos hablando, como no podemos menos de confesar también que a ello han concurrido factores diversos que con toda brevedad hemos de indicar.

Es uno, si no el primero, el muy considerable aumento de la mano de obra exigido principalmente en el siglo XIX por el «industrialismo» que caracteriza á la producción económica en la edad contemporánea, aumento seguido inmediatamente de la concentración de obreros en grandes establecimientos, que ha hecho posible la fácil comunicación de sentimientos, de ideas y de voluntades entre

los trabajadores afectados por las horribles crisis que ha ocasionado el maquinismo y la competencia y con ella la mayor educación de una clase hasta entonces sumida en las tinieblas de la ignorancia, y la asociación para la acción poderosa arma de los débiles, como la llama Lujo Brentano. Al esfuerzo de los obreros, esfuerzo titánico á que les impulsaba la necesidad de salir de una situación intolerable y tanto más cuanto que se había exacerbado su sentimiento por el progreso de la educación, débese en primer término la acción protectora del Estado.

No en vano la historia social de los últimos treinta años nos alecciona acerca de los hechos que han precedido á toda reforma social. En Francia la legislación social ha sido impuesta pieza á pieza por los movimientos de la calle ó por la agitación de las reuniones y de la prensa, ó por la repentina irrupción de la representación obrera en el Parlamento. Cuando Mr. Waldeck Rousseau proclamó la legalidad de los sindicatos, estaban ya en pleno desarrollo, á despecho de las prohibiciones legislativas. La ley de accidentes del trabajo, por escasas que sean sus prescripciones, fué votada en vísperas de una gran consulta electoral y porque la propaganda colectivista se presentaba amenazadora de veras. El proyecto de la jornada de ocho horas en las minas se aprobó en plena movilización del ejército de holleros. Remontándonos al pasado, á los orígenes de la reglamentación del trabajo, podemos decir que la primera limitación de la jornada de los adultos se firmó baja la presión, alta presión por cierto, de los faubourgs parisienses. Acaso sea posible afirmar, así lo sostiene á lo menos una autoridad en estas materias como Paul Louis, que «todas las leyes sociales dictadas en Francia desde hace cincuenta años tienen más ó menos el carácter de leyes de circunstancias, aunque muchas de ellas hayan pasado largo tiempo en el período de preparación porque han sido votadas de prisa y corriendo para desarmar al proletariado».

Otro tanto ha ocurrido en Inglaterra: de seguro no hubieran sido abolidas las penas con que se castigaba las coaliciones obreras si las asociaciones corporativas no hubieran promovido una violenta agitación contra ellas; y mucho menos se hubiera llegado á fijar la duración

de la jornada legal en las minas sin la formidable organización y la periodicidad de los Congresos de los obreros que allí trabajaban.

Sólo el temor al socialismo, de que dieron constantes pruebas Bismarck y Guillermo I, produjo su sistema de seguros sociales. Convencidos de que el plan de persecución era contraproducente, creyeron que el triple seguro de los obreros contra la enfermedad, contra los accidentes y contra la invalidez y la vejez les atraería al proletariado, como lo creyó también el emperador de Austria, restaurando los gremios de oficios.

Por último, no hay duda de que en Bélgica, en donde el colectivismo está tan pujante, la ley reglamentando las Cajas de retiro, fundada en la mutualidad y en el ahorro individual, respondió á reivindicaciones de los trabajadores.

Esto no quita para que nos olvidemos de atribuir su parte de influencia en el movimiento reformista social al llamado elemento intelectual, porque sería, sobre injusto, perfectamente opuesto á la realidad de las cosas. Antes que los obreros hubieran adquirido la fuerza de la asociación y la mayor fuerza que procede de la conciencia de su situación y de poder; antes, mucho antes de la agitación de los operarios ingleses de comienzos del siglo anterior; antes de la Internacional y de los acontecimientos de la Commune; antes del formidable movimiento de los trabajadores alemanes iniciado por Lassalle; antes de las predicaciones de Marx, de Engels, de Bakounine, existieron los libros de Morus y Campanella, de Rousseau y Brissot, de Mably, de San Simón y de Fourier, de Thompson, de Rodbertus y Weitling, y al par de estos ideólogos, las concepciones de los economistas filántropos, críticos realistas, psicólogos, que pintaban con los colores de la realidad la tristísima situación de los obreros víctimas de las máquinas, de la división del trabajo, de la competencia, y que propalaban á los cuatro vientos las ventajas de la asociación, los grandiosos resultados de las cooperativas y de la participación de los beneficios, que ponían por encima del vil interés perseguido por el egoísmo, los preceptos de la moral, y junto con ellos en su dichosa tarea de preparación del proletariado, la obra de la educación popular emprendida por la moderna intelectualidad bajo la

forma de Universidades para el pueblo, de extensión universitaria, de acción social integral, ora en cuanto á refinar el sentimiento, ó para robustecer la inteligencia, ó para reafirmar la voluntad; bien en defensa del decho de los desheredados de la fortuna, ó influyendo para mejorar su estado económico; pero todos en definitiva, convergiendo en la función de colocar al trabajador de la materia en posición de lograr de los gobiernos, con el reconocimiento de su personalidad como elemento político social, la sanción legal conducente al disfrute de lo que naturalmente le corresponde en la vida «propia» del hombre.

No ha de cegarnos la pasión de partido ó de escuela hasta el punto de desconocer ó negar la influencia que en la reforma social han tenido y tienen los elementos patronales. Muchas veces, porque en ellos les va la propia conveniencia, el aumento del negocio, y no pocas por respetos al derecho ó por achaques de filantropía, es lo cierto que han mejorado notablemente las condiciones del trabajo, ora disminuyendo la jornada, ora elevando la retribución, bien reglamentando el aprendizaje, bien estableciendo ó impulsando la enseñanza técnica, ya higienizando los talleres, ya construyendo casas para sus obreros, verdaderos modelos en su género, embelleciendo los lugares de trabajo, creando ciudades, jardines ó dulcificando las horas de la penosa tarea material con el concurso de las bellas artes, como la música, organizando el sistema de premios pecuniarios para los obreros distinguidos, constituyendo tribunales de fábrica para resolver los conflictos ó implantando la escala móvil de los salarios, interesándose, en una palabra, por el bienestar de los operarios, y logrando en más de una ocasión que por la correspondencia de éstos se llegara á la tan deseada como necesaria armonía entre el trabajo y el capital, á lo menos dentro de la organización social existente.

Y cuenta con que la política protectora del obrero, traducida en leyes nacionales múltiples que de día en día crecen y crecen, como si así se quisiera dar satisfacción cumplida á los interesados por el olvido en que durante tanto y tanto tiempo se ha tenido su derecho, toma actualmente una manera nueva, la manera internacional.

Al compás de la actividad jurídico-na-

cional, aumenta la internacional, cosa perfectamente explicable; porque el hombre, naturalmente cosmopolita, á impulsos de la necesidad, crece en deseos de ambulatorios á medida que ésta se intensifica; y no hay nada tan intenso como el hambre, que obliga al obrero á declararse sin patria y hasta renegar de ella cuando en ella sólo encuentra privaciones, miseria; mientras que la suma facilidad de las comunicaciones que caracteriza los tiempos nuevos y los estímulos con que real ó fingidamente se favorece la inmigración, le tientan, hablando aca-so con demasiado calor á su imaginación ya sobreexcitada al máximum por los fantasmas de la privación con que lucha. Todo ello coloca al obreor en una palmaria situación de inferioridad, que reclama con imperio la acción tutelar protectora del Estado constituyente de su genuina misión, lo mismo cuando esto ocurre, que en las ocasiones en que, por egoísmos mal encubiertos, so capa de moralidad, higiene, defensa de los intereses nacionales, pónense por determinados países tratar al naturalísimo derecho de la humana criatura de buscar por el mundo entero los medios con que satisfacer las verdaderas y, por serlo opresoras necesidades. Precisamente cuanto más se ahonda en el concepto de nación y por lo tanto del Estado internacional, más amplio se advierte este último orden y consiguientemente el área de su derecho. Son las relaciones entre los pueblos tan íntimas, tan necesariamente frecuentes, como que nacen y se extienden y se intensifican por efecto de la necesidad, raíz y fundamento de toda vida y cuyo progreso acusa la perfección del ser que culmina en lo humano, y que busca su natural satisfacción en la comarca en donde existen los medios. Establecese, pues, normalmente la reciprocidad de vida, que se da con tanta mayor plenitud cuanto es más grande su posibilidad, es decir, cuanto más iguales son las condiciones de aquélla entre los que alcanzan un mismo ó análogo grado de civilización.

Por eso actualmente, á despecho de odios históricos y por encima de las fronteras naturales y artificiales que separan á los países, cunden las ideas pacifistas y sobre todo se levantan otros intereses más altos, por ser más humanos, los espirituales, los de la ciencia, del arte, de la religión, los económicos, que, con los

primeros, no se contienen, no pueden contenarse en los, para la humanidad y para sus necesidades esenciales, estrechos límites de las nacionalidades al uso.

De aquí las actuales tendencias, no ya sólo á arreglos y convenios por los cuales se arbitren soluciones para los conflictos de derecho entre Estados, sino más bien á legislaciones de carácter franco y concretamente internacional en el sentido de la universalidad de sus preceptos, producto indudable del reconocimiento de la suprema unidad del derecho en lo esencial humano, que por lo que toca á las relaciones jurídicas que se engendran en el ejercicio del trabajo industrial, significa un adelanto verdaderamente notable, dado el predominio del capitalismo, cuya influencia en la vida y en el gobierno político es harto sentida, para que haya nadie que pretenda ponerla en duda. No son de ahora precisamente las primeras tentativas en el internacionalismo de que hablamos. Ya en 1841, un fabricante francés, Danile Legrand de Steinthal, en Alsacia, eleva al primer ministro y á la Cámara de los Pares una Memoria demostrando la conveniencia de promover una Conferencia internacional que se encargase de redactar una ley común para la protección de los trabajadores; y visto que no tenía acogida su filantrópico proyecto, dirigióse con la misma pretensión á los Gabinetes de Berlín, Viena, San Petersburgo, París y Turín. Nada más expresivo de lo que aquélla debería ser que las siguientes palabras de dicha Memoria: «Una ley internacional sobre el trabajo industrial es la única solución posible para el gran problema social de dispensar á la clase obrera los beneficios morales y materiales deseables, sin que las industrias sufran y sin que la concurrencia entre los industriales de los países reciba el menor prejuicio.»

No había pasado mucho tiempo cuando á ésta excitación, puramente particular y privada, respondió la acción gubernamental. En 1855, los cantones suizos de Glaris y de Zurich se entendieron respecto á la adopción del sistema uniforme de legislación de fábricas para los diversos Estados de Europa, y mientras que esto no pudiera lograrse en cuanto al planteamiento de la legislación intercantonal en Suiza, que se obtuvo en fin de 1878.

Los buenos resultados que produjo esta tentativa, divulgados por la prensa, la

gestión constante del gobierno helvético y la calurosa adhesión de los obreros, que hicieron de la legislación internacional del trabajo uno de los artículos de fe de la «Internacional» en el Congreso de Ginebra de 1866, crearon un estado de opinión de tal fuerza que obligó al general Frey presidente del Consejo federal, á influir cerca de éste para que el Consejo nacional aceptara, como en el acto aceptó, una moción en 1871 invitando, cuando «sea ocasión favorable», al primer á entrar en negociaciones con los principales Estados industriales á fin de provocar la creación de una legislación internacional de las fábricas. Pero entonces sucede una cosa extraordinaria: pasa un largo período de diez años, durante el cual, esos humanitarios proyectos parecen muertos y hasta definitivamente enterrados, y de repente y casi al mismo tiempo, dos grandes potencias industriales, Suiza y Alemania, se dirigen, la primera con su nota de 1889, y la segunda con las dos famosas Ordenanzas imperiales de 4 de Febrero de 1890, á los Estados, solicitando su acuerdo para proceder á un común estudio de los problemas que comporta el mejoramiento de las condiciones de la vida del obrero. Por cierto que Suiza, dando pruebas de un desinterés digno de la grandeza del propósito, no tuvo inconveniente en prescindir del derecho de prioridad, redactando y enviando á las potencias esta nota, modelo de abnegación, de modestia y de delicadeza: «El gobierno imperial alemán nos ha notificado su intención de invitar á los Estados á Berlín para mediados de Marzo, expresando el deseo de que renunciemos por el momento á la Conferencia de Berna; porque pudiera suceder que la reunión simultánea de las dos perjudicara al interés del asunto que en ellas debe tratarse. Preocupados ante todo del buen éxito de la obra que hemos emprendido, y sinceramente deseosos de ver coronados los esfuerzos del emperador de Alemania, teniendo en cuenta, por otra parte, que no parece posible una distribución del trabajo entre ambas Conferencias, y de que muchos Estados han aceptado nuestra invitación y dado también su «exequatur» á la Conferencia de Berlín, no hemos dudado, en estas circunstancias, en acceder al deseo que se nos ha manifestado».

Era mucho ya que los gobiernos de países de tanta importancia industrial como

Suiza y Alemania coincidieran en la idea de una legislación internacional, y era mucho más todavía que Francia, Austria Portugal, Bélgica, Holanda, Inglaterra Bélgica y Suiza concurrieran á la Conferencia de Berlín; todo esto prueba fehacientemente que aquella salvadora idea había entrado en las preocupaciones oficiales; pero lo cierto es que los propósitos imperiales no tuvieron por entonces resultado satisfactorio, y no tanto, en mí sentir humilde, por los motivos que más de un publicista apunta, tales cuales la fatalidad que suele acompañar siempre á las primeras tentativas, la inoportunidad de las circunstancias para acuerdos de carácter económico, la falta de preparación, tratándose, como se trataba, de un vasto programa, la tan socorrida susceptibilidad de los diplomáticos y aún su suma impericia para ocuparse de cuestiones que no son de su incumbencia habitual, no; el fracaso debióse principalmente á que la soberbia del emperador no sólo empequeñeció el objeto de la conferencia al reducirla simplemente, como se lee en la convocatoria, «al mejoramiento de la situación de los obreros alemanes», procurando, á medio de una «entente» con los países que están en posesión del mercado internacional, si no que desaparezcan completamente las dificultades que ofrece la concurrencia internacional, para que al menos se atenue; cosa que había de suscitar naturales suspicacias, que de seguro no hubieran surgido de prevalecer las ideas generosas, de alcance verdaderamente mundial, que inspiraron la nota dirigida en 1899 por el Consejo federal suizo á los Estados civilizados.

No fué, sin embargo, perdido el ejemplo de la malograda Conferencia. Por esta vez escarmontóse en cabeza ajena en cuanto al procedimiento, que, respecto á la fe y al entusiasmo de los cada vez más numerosos y más decididos partidarios de la legislación protectora internacional del obrero, lejos de decaer aumentaban sin cesar, coincidiendo trabajadores y patronos, y logrando la suprema bondad de la casa unir los esfuerzos de gentes tan distanciadas como las que formaban en Suiza la Sociedad democrática y socialista Grutti, presidida por Scherrer, y el partido católico, regido por Decurtins, y debido a la iniciativa privada reuníronse los Congresos de Zurich y de Bruselas y el de la

Exposición de París de 1900 y nació la Asociación internacional para la protección legal de los trabajadores de Basilea, y debido á su impulso y á sus gestiones y á su decidida y hermosa influencia concertóse el primer tratado internacional obrero entre Francia e Italia, como se celebraron en breve convenciones respecto á la prohibición del empleo del fósforo blanco en la fabricación de cerillas, la prohibición del trabajo nocturno de niños y mujeres, en una palabra, la legislación universal y común del trabajo, que sería digno coronamiento de la obra redentora de la comunidad internacional.

Adolfo Buyll y Alegre.

Divagaciones

A la manera que del cráter encendido surge la hirviente lava; como la ola que rueda encrespada por el viento; como el torrente desbordado avanza en su carrera triunfadora, salvando los obstáculos que á su paso se le oponen, así también la idea generadora surge con resplandores de hogueras, con fuerzas de torrentes y rumores de cascadas.

Así el ideal socialista, como el rumor con la ola, como el perfume con la flor, el pensamiento moderno encuentra en sus afiliados á los más fieles exponentes de la ciencia y el arte en sus diversas manifestaciones, tanto en su forma creadora, como en su forma aplicada que pregonan el gran ideal, de humana solidaridad, bifurcando en si mismo, diversas y extáticas ramificaciones.

Las ideas socialistas bajo la influencia de Pierre Leroux, han ido desenvolviéndose, desde Jorge Sand hasta E. Zola, cupiéndole sin embargo á Marx la satisfacción de haber resuelto el problema económico bajo su verdadera faz.

La igualdad económica es, pues, la aspiración del siglo. Sin embargo, la igualdad económica no es la absurda nivelación que algunos pretenden pregonar. Es por el contrario la más amplia aspiración humana que concede á cada cual lo que legítimamente le pertenece, dejando claramente definido el gran principio sentado por la magna asamblea de «que el derecho de un ciudadano termina donde principia el derecho de otro ciudadano.»

«Cada cual en relación con el trabajo realizado: ¡Puede caber un ideal de jus-

ticia, más de acuerdo con las leyes de la equidad!»

Algunos han pretendido tachar de egoístas á aquellos que sostienen la base colectivista, y han imaginado sustituir la referida base por otra fórmula de cristal cuyo único ideal sería la solución del problema estomacal para mucha gente de mal vivir, y personas perezosas con audacia. Hacen alarde de una manera ruidosa, de sus utópicas ideas, que descansan en base falsa, desconociendo el camino por donde transitan y el puerto que han de arribar. Los soñadores que se colocan en la cumbre platónica, enamorados tal vez de sus propias frases quieren ignorar que dado nuestro estado actual de cosas, lo único estable, el único cimiento incombustible es el ideal colectivista que sostendemos y pregonamos en alta voz, sin temores que denigren nuestra altivez de hombres. Sin embargo, y por el momento, el socialismo, con profundo buen sentido ha querido exceptuar de la fórmula expresada á los viejos y á los enfermos.

Ahora bien, por selección de especie—fraternizando fatalmente las teorías darwinianas y marxistas, tendemos á una raza más fuerte, más viril.

Montevideo, Febrero de 1900.

Romeo E. Bonazzola.

El medio ambiente

A. Federico de la Hoz

Es preciso querer lo que se quiera, á menos que no se pueda hacer lo que se quiera, ha dicho Alejandro Dumas. Y esta lógica brusca, pero llena de profundo buen sentido, no carece de aplicación en la vida, siempre erizada de dificultades que nos impiden llegar hasta el fin de nuestras aspiraciones.

En saber allanar los obstáculos, en saber sobreponerse á todas las miserias, á todas las pequeñeces de que vivimos rodeados, está el secreto del triunfo.

Todos en la vida, tenemos por lo menos una ocasión de vencer, y el que no lo consigue es porque no ha sabido aprovechar la oportunidad que la suerte le brindara, ó ha carecido del suficiente talento y fuerza de voluntad para imponerse á la fortuna, y, en ambos casos demostraríamos que hemos sido ineptos,

desde el momento en que por una puerilidad, por una futileza, nos hemos detenido en la mitad de la jornada.

Del que persevera es el triunfo, y nada podrá detenerle en medio de su marcha vencedora hacia la conquista de sus anhelos, de sus esperanzas y de sus aspiraciones, ni enemigos, ni amenazas, ni acchanzas. El que tiene enemigos, debe inspirarnos tanto respeto como el que tiene amigos y poderosos protectores.

El que se ha procurado éstos, ha sido por su bondad, por su desinterés ó por su habilidad; el que se ha procurado aquellos, ha sido por su ingenio, por su audacia ó por su talento

.....
.....
.....

Sobrepongámonos á todas estas miserias de aldeas; suprimamos todos los obstáculos que á nuestro paso se presenten; batámos con entereza á nuestros enemigos; echémosle en cara sus vicios y sus crímenes, ya que nadie en la vida está libre de tenerlos, y tratémoslos como ellos nos tratarían á nosotros, es decir, sin ninguna consideración... No vacilemos. Vacilar es fracasar, y el que fracasa se hunde y difícilmente puede volver á flotar, á menos que no sea por un rasgo de audacia y de valor. Perseveremos. Perseverar es triunfar, y triunfar es dominar, es llegar á la cúspide de nuestras más doradas ilusiones.

Perseveremos. Seamos más fuertes! No sea que el medio ambiente nos ahogue y nos aplaste; tomémosle la delantera y probemos que, si algún talento tenemos, lo sabemos aprovechar á fuer de hombres inteligentes, y que en el trayecto de la vida no hemos hecho como aquél viajero que, consumiendo de golpe todas las provisiones al atravesar el Sahara, tuvo que morir de hambre y sed en el medio del trayecto, pudiendo haber llegado sano y salvo al término de su viaje, con un poco más de sobriedad.

Seamos más fuertes! Qua la indiferencia, la rutina, la maldad, se estrellen contra nuestro más alto desprecio, como se estrellan las furiosas olas despedazándose contra las rocas de la costa!

Seamos más fuertes! La piedra no sube del valle á la montaña, sino que se despeña desde allá, desde su abrupta cima, y va rodando de la altura al llano.

El águila no se arrastra como el in-

mundo reptil, sino que cerniendo el vuelo, se remonta y va en busca de cumbres más azules y de horizontes más hermosos.

Seamos de acero. Perseveremos, y el triunfo será nuestro, y tengamos la seguridad de que, los que hoy se rien de nosotros, aparentando desdénanos, mañana llorarán, porque así es la vida, y por la ley de las compensaciones, los señores de ayer serán los vasallos de mañana.

Lorenzo V. Crespo.
Montevideo, Febrero de 1909.



Educación y socialismo

PSICOLOGIA DE LAS APTITUDES INDIVIDUALES

Una de las causas concretas que hace fatigosas la vida actual del proletariado y hasta de la burguesía, es la inadecuada y artificial aplicación que se da á las aptitudes especiales de cada uno.

Existe un profundo abismo entre las dos grandes clases de la sociedad moderna: de un lado la ciencia, las satisfacciones íntimas del arte, los consuelos espirituales de la filosofía, la vida gozosa y hasta ociosamente opulenta de los ricos, de los poderosos, de los poseedores de la fortuna pública y privada; del otro lado la ignorancia, la superstición enervante, la miseria física, moral y fisiológica, la lucha despiadada por la vida, la injusticia social. La separación de estas dos clases está netamente caracterizada por el capital.

Existe verdadera anarquía de ocupaciones, tanto en el campo del pensamiento como en el de la acción. Es tan desigual la condición económica de las clases sociales, que sobreviene lo que podríamos llamar la ocupación antinatural de los individuos y las colectividades, que convierte muchas fuerzas productoras en estériles por su inadaptabilidad.

El que nace pobre, aunque tenga genialidad científica, artística ó industrial, no puede sostenerse en la vida, satisfaciendo sus necesidades orgánicas, porque no tiene medios. Y es por eso, obedeciendo á la suprema necesidad de vivir, que el espíritu se apaga en beneficio del cuerpo. ¿Qué hace el joven pobre que se siente con ánimo, con fervoroso aliento para sondear la ciencia, si le rodea la espantosa miseria que atrofia el alma?

El rico, en cambio, puede triunfar, porque la perseverancia lo puede todo cuando hay recursos pecunarios. Podrá haberse una objeción relativamente importante, y es la de que muchos genios, tal vez los más, han surgido de las clases pobres. Es cierto; las dificultades de la vida, la miseria, las necesidades materiales, son poderosos estímulos para la gloria y que en muchos casos dan fuerza al alma para proseguir.

Así como existen órganos superiores que impulsan al bien y al progreso, así hay órganos ocultos que necesitan el contacto de la desgracia para vigorizarse y obrar. Las dificultades de la vida despiertan aptitudes y órganos que quedarían de otro modo enervados, por falta de su estimulante natural. Ahora bien; es el caso de preguntar ¿cuántos son los que, de entre la clase pobre, han sobresalido, comparados en relación á su número con los ricos?

Supongamos que en la sociedad actual los pobres y los ricos estén en la proporción del 90 y 10 %, respectivamente.

Casi todos los que con medios de fortuna han revelado genialidad, han sobresalido. Pero esto no sucede con los pobres. Es natural que sean más, á pesar de todo, porque también su número es incomparablemente mayor; pero no corresponde á su proporción normal.

Suponiendo que un 10 % de ambas clases presentara caracteres superiores, correspondería, según la proporción anterior, 9 á los pobres y 1 á los ricos. Estos, como he dicho, casi siempre triunfan; pero de los 9 que corresponden á la clase desheredada, á lo sumo triunfan la mitad. Siempre representarían mucho más que los otros, pero asfínsmo la mitad de lo real.

¿Quién puede, pues, afirmar, que la causa para que los que forman esta otra mitad, que según la proporción supuesta se apagan, no sea la miseria económica en que nacen desgraciadamente? Es un hecho comprobado que muchos genios se pierden, ya sea por la miseria económica, ya sea por la miseria heredada en forma de defectos orgánicos y físicos.

La cuestión social que agita á los más eminentes pensadores del siglo, busca esa igualación de medios para el desarrollo de las aptitudes personales, haciendo que todos partan de un mismo punto, con los recursos dignos de todo el que forma par-

te de la humana estirpe, y con la amplia libertad de desenvolverse según su peculiar temperamento orgánico.

La inmediata consecuencia de ese problema, será ésta; que nadie se dedicará á otra ocupación que no sea aquella para la cual tenga disposiciones naturales.

Por desgracia, se observa hoy el fenómeno anormal de que las vocaciones se equivocan, muchas veces sin comprenderlo, y las más veces por necesidad. El hijo del pobre labriego que se siente atraído por el deseo de estudiar el cielo con sus mundos desconocidos, que concibe la posibilidad de un descubrimiento científico ó industrial, que sorprende un fenómeno de la naturaleza cosmológica, biológica ó social, muere más olvidado que ciertos animales de los jardines zoológicos, que merecen hasta los honores de la biografía, siendo tal vez una genialidad perdida entre el tumulto de los que sucumben sin que lleguen á las clases superiores ni los ecos lejanos de su miserable existencia. ¿Y no se perderán muchos genios de igual manera? Hasta la ciencia se apaga cuando la miseria llega.

De aquí resulta este hecho singular: que las ocupaciones se hallan desencontradas. El que tiene aptitud para la ciencia, se dedica á la política; viaja el que puede ser genial impulsor de la industria, mientras el naturalista ve estrecharse su mirada entre las cuatro paredes de su pobreza franciscana; el hombre de ciencia se esteriliza en un puesto público, mientras otros que tienen aptitudes para la diplomacia van á cultivar los campos. Y de ese modo se atrofian los órganos por el desuso, desperdiándose fuerzas productores, que empleadas en su medio y en su oficio, impulsarían desmesuradamente el progreso colectivo.

La psicología escolar debe tomar nota de este arduo problema. No es indiferente que la escuela siga como hasta aquí, dando pan indigesto al alma, sin tratar de dar la mano al socialista que busca por medios científicos y pacíficos la mayor suma de bienestar para la sociedad.

¿Cómo puede contribuir la escuela á este fin? Conociendo las aptitudes individuales primero, para encaminarlas después.

Poco se cuidan padres y maestros de este importante asunto. Nace el hijo, y el padre, lleno de risueña esperanza, ya le pronostica lo que será. Va á la escue-

Ja, nadie se fija en las manifestaciones peculiares de su inteligencia, para observar si tiene tendencia al arte, á la ciencia, á la política, á la industria, comercio, etc.; crece en medio de esa indiferencia, oyendo á sus padres, desde niño, decirle que será médico, abogado ó ingeniero. Al fin la voluntad de sus padres se realiza, y el niño que bien pudiera haber sido inmortal químico ó renombrado naturalista, cruza las aulas de la facultad de derecho para representar el papel de una medianía, por errada dirección de su espíritu y por falta de cuidado para estudiar y conocer lo que cada uno trae como característica para actuar en la vida. Así, muchos que pueden ir arriba, se quedan abajo, sin tiempo para volver á empezar. Y cuántos hay que reconocen haber errado su vocación!

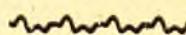
La ignorancia de los padres engendra casi siempre este error; pero la escuela puede suplirla, aunque incompletamente.

Es necesario estudiar con tranquilidad y amor, todas las manifestaciones infantiles, recogiendo cualquier hecho que pueda hacer entrever las disposiciones naturales de cada uno; y no sólo estudiarlas, sino incitar á que se produzcan, á que se revelen exteriormente.

Y de esos hechos recogidos experimentalmente, deben hacerse cuidadosas inducciones, que se trasmitirán á los padres para que en el hogar se continúe la tarea de aclarar la vocación natural del niño, que no debe contrariarse nunca so pena de inutilizar el alma en ocupaciones estériles, inadaptables para órganos nacidos con otro fin.

He aquí una ruda labor para la escuela pero al fin gloriosa, porque contribuirá á disminuir el número de los que se esterilizan en la vida, ocupados más en buscar los goces materiales de una fortuna improductiva que la satisfacción perenne del bien público.

M. A. Bermúdez.



La guerra

Del libro en preparación "Teoría y Práctica de la Historia" del doctor Juan B. Justo

Entre pueblos salvajes y bárbaros la guerra subsiste como forma instintiva de la lucha por la vida. Entre sociedades civilizadas ella es un crimen, cada vez más difícil de consumar y más peligroso para la clase privilegiada, á medida que avanza la conciencia política del pueblo trabajador. No puede éste reconocer á la guerra sino un objetivo legítimo, el de abrir nuevas zonas del medio físico-biológico para la vida inteligente, objetivo en que la guerra conserva su carácter primitivo de lucha biológica, y que, llenado con sinceridad, abre nuevos territorios á pobladores propietarios, no sólo técnica y económicamente adelantados, sino también políticamente libres.

Cada pueblo está obligado á explotar por sí mismo ó á abrir á la explotación de los otros las riquezas naturales del suelo que considera suyo, so pena de perder su dominio por la violencia. Ante frondosas llanuras sin cultivo ó preciosos depósitos minerales que yacen sin aprecio, nada detendrá la extensión del progreso técnico, aún cuando para realizarlo sea necesaria la guerra. Es lo que ha expresado Rudyard Kipling, en forma estrecha y antipática, al hablar de «la carga del hombre blanco». En la isla de Sajalin, yerma en manos de los rusos, el progreso técnico-económico es la carga del hombre amarillo, que transforma rápidamente ese territorio, desde que lo ha reconquistado

Los conflictos de esta clase, entre pueblos alejados étnica y geográficamente son tanto más simples cuanto mayor es la diferencia de cultura entre las partes combatientes. Con un esfuerzo militar que no comprende la vida ni el desarrollo de la nasa del pueblo superior, esas guerras franquean á la civilización territorios inmensos. Puede reprocharse á los europeos su penetración en África porque se acompaña de cruelez? Los africanos no han vivido ni viven entre sí en una paz idílica; todavía en nuestros días el jefe zulú Tschalka ha aniquilado 60 tribus vecinas y hecho perecer 50.000 individuos de su propia nación. Crimen hubiera sido una guerra entre Chile y Argentina por el dominio político de algunos valles de los Andes, cuya población y cultivo se harán lo mismo bajo uno u otro gobierno. Pero, vamos á reprocharnos el haber quitado á

los caciques indios el dominio de la Pampa?

Con la difusión de la cultura, más raras se hacen las ocasiones de semejantes guerras. Para que desaparezcan, sin embargo, será necesario que los pueblos marchen á la par por el camino de la Historia. Suprimidos ó sometidos los pueblos salvajes y bárbaros, incorporados todos los hombres á lo que hoy llamamos civilización, el mundo se habrá acercado más á la unidad y á la paz, lo que ha de traducirse en mayor uniformidad del progreso.

Si no fuera así, si la aceleración del movimiento histórico no se hiciera sentir en todas partes, entre las varias secciones de la Humanidad pronto aparecerían diferencias tan grandes como las que hoy separan á los pueblos que llamamos respectivamente civilizados y bárbaros, tan desigual capacidad técnica, tan distinta organización económica, una discordancia tal de costumbres, sentimientos é ideas, que ofrecerían nuevo campo á las violencias.

No se habían establecido aún los ingleses en Norte América cuando ya funcionaba la imprenta en Méjico, y, por muchos años, este país hizo más papel en el mundo que las oscuras colonias del Noreste, cuyo comercio no tenía más numerario metálico que los pesos mejicanos de plata. Pero las cosas anduvieron en uno y otro país de muy diferente manera. Los energéticos colonos ingleses, luchando palmo á palmo con una indómita población indígena, desmontaron y cultivaron un vasto territorio, y formaron una democracia de campesinos propietarios, viciada por la esclavitud de los negros en el Sur, bastante fuerte y coherente, sin embargo, para conseguir pronto su independencia; y, á partir de ésta, los Estados Unidos adelantaron en población, en técnica y en economía, á pasos de gigante. En Méjico, en cambio, donde los españoles encontraron pueblos ya sometidos por la civilización indígena, les fue fácil sujetarlos á su vez, y distribuirselos para el trabajo en las minas; aquella híbrida sociedad, basada en que «todo blanco es caballero», desarrollóse lentamente, oprimida por el dogma y el privilegio, y se emancipó tarde de su débil metrópoli para caer en una serie interminable de revueltas. Ya había salido de los Estados Unidos el primer buque á vapor que surcará los mares, ya cruzaban aquel país

vías férreas y líneas del telégrafo, ya sus instituciones políticas llamaban la atención del mundo, y todavía el dictador Santa Ana se oponía en Méjico á la construcción del primer ferrocarril, porque, según él, iba á quitar el trabajo á los arrieros. Nada de extraño, pues, que á mediados del siglo pasado la exuberante civilización norteamericana, en dos pequeñas expediciones militares, quitara extensos territorios, no al pueblo de Méjico, formado por miserables y esclavizados peones, sino á la oligarquía de facciosos que lo gobernaba. Allí se han constituido ciete florecientes repúblicas agrícolas y mineras, allí ha surgido California que ha inspirado á Norris «La Epica del Trigo». En medio del grandioso cuadro de la tierra «vibrante de deseo, ofreciéndose, insistente y ansiosa, á la caricia del arado», del «brazo heróico de multitud de brazos de hierro, hundiéndose hondo en la carne occura y caliente de la tierra que se estremecía apasionadamente á su contacto», del paso clamoroso de las 32 máquinas sembradoras del chacarero Derrick «implantando profundamente en el seno profundo de la tierra el germen de la vida, la manutención de todo un mundo, el alimento de un pueblo entero», nos hace ver Norris la figura «decaída, pintoresca, viciosa y romántica» de los últimos hispano-mejicanos de la región, «reliquias de una generación anterior», arrastrándose de la taberna al restaurant y del restaurant á la plaza, absolutamente ociosos, viviendo Dios sabe cómo, felices con su cigarrillo, su guitarra, su vaso de mescal y su siesta. El más anciano recordaba todavía al gobernador Alvarado y al bandido Jesús Tejeda, terror de la región; los tiempos en que la chacra de Derrick y tantas otras que la rodeaban eran una sola merced real, de muchas leguas; de la Cuesta, su señor, tenía derecho de vida y muerte sobre su gente; ni había allí más ley que su palabra. «No se pensaba entonces en trigo, puede usted creerlo. Todo era ganado en esos tiempos, ovejas, caballos, vacas, no tantas, y si el dinero era escaso, no faltaba que comer, y había ropa para todos, y vino á toneles, y también aceite; todo eso tenían los padres de la misión. Si, y había trigo también, ahora que me acuerdo, pero un poquito. Trigo, olivos y viña, los padres lo plantaron para tener los elementos del Santo Sacramento, pan, aceite y vino, entiende usted!» Y á la continua-

ción pasa el padre Sarria, residuo de la antigua iglesia, con los materiales del Santo Sacramento en una mano, y en la otra un canasto con gallos de riña.

Juan B. Justo.

Arte y Socialismo

Un hombre de ordinaria cultura, con resabios de ortodoxo, creerá seguramente que no hay dos cosas tan distintas como estas: Arte, Socialismo.

¿Qué conexión es posible, dirá tal vez, entre el ideal espíritu del Arte y la terrible lucha económica, las agitaciones violentas y el vil estado de las clases trabajadoras?

Contra la insensata y superficial opinión de semejantes individuos hay que oponer la misma experiencia que actualmente adquirimos por los mismos artistas. Es un hecho innegable que los hombres de temperamento estético en el campo de la literatura, de la música y del drama, así como los que sobresalen en el Arte decorativo y en la pintura, se hallan más y más inclinados á hacer alianza con el movimiento social de la sociedad moderna. Un Wagner, un Willet, Tolstoy, Gorki, Ibsen, Howells, han llegado á ser rebeldes socialmente, y todos han esperado y se han esforzado por restaurar la sociedad sobre bases comunistas. En Inglaterra la tendencia artística hacia el Socialismo arraiga en personas ilustradísimas. Tenemos á John Ruskin y William Morris, las dos figuras artísticas más eminentes de la era Victoria que rompieron por todas las antiguas tradiciones y se colocaron dentro de la agitación radical socialista. Morris, según todo el mundo sabe se dedicó diez de los mejores años de su vida al movimiento socialista, siendo uno de sus mejores campeones. Walter Crane, su amigo y discípulo, que hoy figura en primera línea entre los artistas decorativos eminentes, es un socialista activo y ha enriquecido el arte socialista con dibujos que harán su nombre inmortal. Burne Jones, G. F. Watts, W. J. Linton, Henry Holiday, Cobden-Sanderson y un gran número de la joven generación de artistas ingleses, se hallan todos en la misma categoría.

La aparente paradoja contenida en el

concepto de la alianza del Arte con el Socialismo, no parecerá ya paradoja des de el momento en que hagamos algunas consideraciones. Muchos creen que el Arte no es más que un pasatiempo, y como una cosa completamente extraña á la vida ordinaria. La palabra arte ha venido apli-cándose á las pinturas que colgamos de las paredes, de un sentido religioso, ó á las que incidentalmente admiramos en los grandes salones; de ahí que se haya con siderado como cosa propia de las grandes construcciones, como puro deleite ó adorno. Pero esto no es el verdadero Arte.

El Arte, en su concepto más amplio, es la expresión de aquel espíritu de belleza simetría y color que aparece primariamen-te en la esplendidez de la naturaleza; es decir, por ejemplo, en la belleza del cre-púsculo, el contorno de las montañas, la hermosura de las nubes y su variedad y secundariamente en el producto de las manos del hombre.

El espíritu de Arte es tan penetrante como la misma luz del sol, y encuentra mil posibilidades de expresión en las ciudades, en las calles y en todos los objetos de uso diario.

El Arte, así definido, desde luego es un objeto de importación social, y la pro ducción del Arte un problema social. Se extiende tanto su dominio cuan vasto es el campo de la sociedad misma. La ar quitectura que el hombre crea y los obje-tos que el hombre fabrica es en muy alto grado la síntesis de los ideales sociales e industiales de cada época. La sociedad puede decirse que ha creado en derredor de sí una esfera ó límite dentro del cual se desenvuelve. Si los ideales de esa socieda-d son apocados e innobles, su desarollo ó desenvolvimiento presentará las mismas cualidades. Si por el contrario, los hombres viven en libre y fraternal hermandad, y su vida social es tranquila y digna, dicha influencia se refleja asimismo en su desarrollo exterior.

En la historia del mundo figuran en lu-gar preeminente dos eras, como eras del Arte: la de la antigua Grecia y la de la Europa de la Edad Media.

De las dos épocas, la vida de la Europa de la Edad Media fué la más democrática, y de ahí que en ella no aparece la es-clavitud que se manifiesta en los más her-mosos cuadros de la vida griega. Pero á pesar de fundamentales desemejanzas que entre ambas eras existen, hay rasgos emi-

nentemente característicos en la vida social de ambas, de los cuales puede trazarse un paralelo entre ellas. El primero de estos rasgos es el espíritu público. Jamás hubo nación que viviera más en su vida pública que Grecia.

Nuestra palabra «idiota» viene de una palabra griega que significa «ciudadano privado», es decir, hombre que no toma interés por nada sino por sus negocios particulares. Los griegos eran idealistas; vivían en verdadera sociedad, creían que era más importante desarrollar sus principios sociales y su inteligencia que acumular propiedad privada. Resultado de esto fué su tan floreciente vida pública y el que legaron al mundo una herencia, el Arte, que las generaciones siguientes han imitado, pero no rivalizado. El concepto griego de la vida fué en cierto grado encarnado en la Europa medioeval. Aún hoy mismo, el que visita á Venecia, á Florencia, Nuremberg, Rouen y muchas otras ciudades de la antigua Europa, puede ver algo de la belleza peculiar de ellas. Oxford y Chester, en Inglaterra, nos denuncian con un silencio tranquilo una edad en que los hombres se cuidaban de la belleza de la vida. Ahí tenemos los restos de hermosas catedrales, que han llegado á nosotros de mano en mano como expresión de todo aquello que era mucho más grande á los ojos de aquellas sociedades, como muestra de la vida de entonces. Los hombres de la Edad Media eran fieles á sus ideales religiosos—los más altos que podían discernir entonces—eran fieles unos á otros y ejecutaban sus obras con libertad y en sociedad, sin pensamientos de lucro; tan firmemente impreso se hallaba en ellos el instinto artístico. No hay que omitir que sus condiciones económicas de seguridad y comodidad, sin esfuerzo ni opresiones indebidas, era un gran factor en la producción del Arte, tanto en Grecia como en la Europa medioeval.

La sociedad moderna, por el contrario, se funda sobre una base que hace imposible concepción alguna del Arte. Los hombres, cuyas vidas están dominadas por la necesidad puramente animal, no pueden elevarse absolutamente nada sobre el nivel del animal. El sistema del capital, con su horrible competencia, su tremendo contraste, su codicioso monopolio y parasitismo y su triste trabajo, no puede presentar otra perspectiva más que la miseria y el hambre. Hoy es la vida

desesperada é intolerable. Hoy no se necesita al artista más que para construir débiles muros en las calles de nuestras ciudades, y si acaso para trasportar ladillos y cascotes para las grandes fábricas así como para demostrarnos que sus pobres viviendas son lo más vil que presenta la Naturaleza á nuestros ojos. En una comarca ó distrito que se haya entregado por completo al comercialismo — como Pittsburg en Pensilvania ó «Black Country» en Inglaterra—es tanta la miseria que ni necesita del infierno para suplemento. Lo poco de Arte que ahora tenemos es como una planta sin raíz, y se halla divorciado de la vida del pueblo. Es decir, la clase trabajadora es el juego en que se divierte la clase privilegiada, y las cosas continuarán así hasta que se restaure la vida social y se provoque el gran conflicto del capital.

El Arte no tiene nada que temer del triunfo del Socialismo; por el contrario, tiene mucho que ganar. El Socialismo, organizando el mundo sobre una base justa, científica y colectivista, traerá la instrucción, la tranquilidad y la esperanza á todos los hombres. Todo el mundo resucitará á una vida en la cual verá atendidas sus necesidades materiales por unas pocas horas de trabajo diario y agradable. Cuando se renuevan las causas económicas, cuando la inteligencia del hombre se vea libre de la esclavitud del comercialismo, entonces dedicará sus energías á cosas más altas y nobles. Entonces vendrá el renacimiento del Arte: de la literatura, de la música y del drama. La humanidad es hoy un jardín inculto y el Socialismo dará la oportunidad para que se desarrolle todo lo que hay en ella, y producirá una nueva raza de hombres.

Qué nueva inspiración ha de hallar el artista en los tiempos presentes, en que las mayores inteligencias tienen que pasar por la ignominia de entregar sus concepciones al uso privado y el placer individual? Hoy los artistas no se perfeccionan porque no quieren vender su Arte; pero en lo futuro el hombre de genio se deleitará con prestar las mejores creaciones de su brazo é inteligencia á la sociedad en general. Los mejores diseños, las pinturas más escogidas, las más soberbias estatuas, en vez de hallarse detrás de las puertas cerradas, se verán en las plazas del pueblo, y serán patrimonio de ricos y pobres.

Entonces se verá que el Socialismo, que parece tan ajeno al Arte, es el suelo en que mejor florece. El presentará las mismas condiciones que las que crearon el Arte antigüamente y añadirá otras nuevas y más favorables con que la antigua sociedad no podía contar. El nos acarreará el idealismo y el espíritu público, principales factores que dieron origen al Arte de la antigua Grecia y al de la Europa medioeval, pero será el nuestro un idealismo más poderoso y un espíritu público mucho más permanente, puesto que nace de una sociedad de igualdad. El Arte ha sido siempre el fruto del idealismo, y el Socialismo es el ideal más grande que jamás agitó los corazones humanos.

Yo veo muy próximo el día del triunfo del Socialismo en mi patria. Veo que dentro de pocos años tendremos un nuevo pueblo, una nueva raza. Veo las ciudades trasformadas en jardines de belleza, pues lo que las habitarán hombres libres que aprendieron la idea de la fraternidad industrial. Veo la Arquitectura transfigurada, porque la hacen florecer hombres que saben acomodarla á sus grandes ideales. Veo á la Humanidad que se desarrolla próxima á los verdes árboles, entre las olorosas flores y al lado de las tranquilas corrientes, y entonces no me amedrenta el porvenir del Arte.

Leonard D. Abbott.



Los delitos contra las costumbres

¿Tiene el Estado derecho á la honestidad de los individuos? Ridícula cuestión que no puede tratarse más que en una nación que ha dejado de ser libre y que ha perdido sus costumbres. Así, pues, admitamos sin titubear este incontestable derecho, porque no puede contribuir más que al reposo de las familias y á favorecer la propagación de la especie que es siempre la fuerza de las naciones.

¿Pero quién no comprende que la ley contra la incontinencia debe comprender igualmente á los dos sexos, y que la pena impuesta á los infractores ha de ser proporcional al delito? Sin embargo, nada se hace, y en todas partes el legislador parece haber olvidado la justicia porque esto entra en las miras de un siglo corrompido.

Es regla general que las mujeres están más dispuestas á la ternura que los hombres, sienten antes la necesidad de amar y la sienten más vivamente. A esta pendiente de la Naturaleza, que en la sociedad arrastraría en pos de sí grandes desórdenes si quedase sin freno, se procura desde la infancia oponer el pudor. Pero como todo es contradicción en nuestras instituciones políticas, las hijas reciben siempre en el mundo una educación á las que ellas han recibido en la casa paterna. ¡Qué no hacemos nosotros para que olviden las lecciones de la modestia! Apenas están en la edad de entendernos cuando nos apresuramos á impresionar su imaginación, volvemos todos sus pensamientos hacia la voluptuosidad, y con mil lisonjas conseguimos despertar sus sentidos. ¡Se abre su joven corazón al amor! Demasiado frecuentemente tenemos la cobardía de abusar de su debilidad, y si escapan á nuestro artificio no es más que por la vigilancia de sus madres.

En fin, ¿ha llegado la época de formar un dulce lazo? El hombre tiene toda la ventaja; él escoge, la mujer no puede más que rehusar, y cuántos insensatos padres sacrifican por la ambición la felicidad de su hija! Guiados por un ciego cariño se la quitan á un hombre que ella estima y quiere, para obligarla á que se entregue á otro que desprecia y detesta.

¡Se han unido! Obligada á renunciar en lo sucesivo al objeto de su corazón, se hace incapaz de amar á otro y no ve para ella más que un desgraciado porvenir.

Más feliz que la mayoría, ¿se ha sustraído á la violencia? Su felicidad es de bien corta duración; á las caricias sucede bien pronto la frialdad marital; en lugar de un amante tiene un marido que se abroga un poder tiránico, descuida sus deberes, rompe su cadena y no se cree obligado á nada.

Sabedora de sus infidelidades, ¿quiere quejarse? Pues él no escucha sus quejas y hace por no ver correr sus lágrimas. Cansada de reclamar en vano del inconsistente que la falta á la fe, si ella imita su ejemplo, él pide venganza y la maltrata sin piedad.

¿Quién lo creería! Lejos de venir al socorro de un débil oprimido, las leyes favorecen á su cruel opresor, y por una falta que él comete impunemente, ella pierde siempre su reputación, á menudo su libertad y algunas veces hasta la vida.

De esta manera es como el legislador en todas partes ha ejercido la más horrible tiranía contra el sexo que tiene más necesidad de protección.

¡ Hace falta que á tantos ultrajes se junte la barbarie de la preocupación ! Pues nos rendimos á ellas mientras parecen no sentir nada por nosotros y las desdifiámos desde que se muestran demasiado sensibles, y, para vergüenza de nuestro siglo, cuántas son despreciadas por las mismas debilidades de que nos envaneemos.

Al lado del cuadro de una mujer engañada coloquemos el de una hija seducida ; Que á fuerza de hipócritas cuidados un hombre interese el corazón de una joven y que á fuerza de falsos juramentos la induzcan á entregarse ! ¡ Qué penas tan amargas la ha de costar bien pronto un momento de credulidad ! Llorará toda la vida, y las lágrimas jamás borrarán su deshonra !

¡ Se ha descubierto su falta ? El pérvido la abandona ; ella tiene la esperanza de unirse á él, le acusa de perjurio, implora su piedad ; sordo á sus quejas, se ríe de sus suspiros é insulta sus lágrimas .

¡ Reclama contra este indigno proceder ? Es en vano que exponga ante los Tribunales sus lamentaciones ; las leyes la abandonan. ¡ Qué digo ! A menudo la castigan por su infortunio, mientras que el cruel, que es el autor, queda impune.

¡ Si al menos encontrase algún recurso en la piedad pública ! Pero, lejos de tomar la defensa de una joven indignamente seducida, el mundo se complace en publicar su fragilidad, y mientras que la difama, el cobarde que la engañó no encuentra ninguna diferencia en la acogida que se le hace. Si es rico continúa siendo festejado, y no se detendrá en la seducción de otras jóvenes que son todavía inocentes ; Si después de haber llorado largo tiempo su falta la fuese permitido volver al mundo ! Pero este débil consuelo la es también negado ; se huye de ella, y, si no tiene fortuna, obligada á ocultarse, frecuentemente no la queda para vivir más recurso que la prostitución.

Su suerte le parece insoportable ; sin embargo, es dulce comparado con la que le aguarda. ¡ Desgraciada víctima ! Bien pronto, huyendo de la deslumbradora claridad del día, no atreviéndose á exhibirse más que de noche, expuesta á las injurias del tiempo en las esquinas de las calles y rendida de fatiga, se verá reducida,

para tener pan, á vender sus caricias al primer advenedizo, á sufrir sus fastidiosos halagos, á aguantar las malas intenciones, sus brutalidades, sus ultrajes, y, como si esto no fuera bastante, á ser la víctima de cien crapulosos libertinos, á ser entregada, además, á los tormentos de una afrontosa enfermedad y á los horrores de la pobreza. Pero hay quien vive en el seno de las delicias. Por una que se vea en la opulencia, mil están expuestas á la más afrontosa miseria, relegadas en horribles aposentos, acostadas sobre harapos y víctimas de la necesidad.

A la vista de tantos lazos tendidos á la juventud, de tantas engañosas ofertas á la inocencia, de tantas violencias hechas á la debilidad, ¿ qué alma justa no excusará las faltas de un sexo frágil que hemos sometido á los más rudos deberes ? Y á la vista de la horrible suerte de tantas víctimas de nuestra perfidia, ¿ qué alma sensible no se apiadará ?

Pero no es la piedad, es la indignación lo que yo quiero excitar en los corazones. Pues qué, ¡ la doblez, la perfidia, la hipocresía, la mentira, el perjurio no han de ser punibles en los hombres y en las mujeres la sensibilidad, la credulidad, la debilidad, han de ser siempre deshonradas ? En lugar de ser su sostén, no sabemos más que engañarlas ; y después de haber sido viles corruptores, ¡ nos será permitido todavía ser indignos tiranos ? ¡ Con qué derecho jugamos así con su fragilidad ? ¡ Con qué derecho nos abrogamos sobre ellas tan tiránica autoridad ?

Lo hemos sujetado á los más austeros deberes, es indispensable, se dice ; el libertinaje de las mujeres causaría un horroso desorden en la sociedad ; como si el libertinaje de los hombres no causase ninguno ; como si los hombres no compartiesen con ellas la mitad de la responsabilidad ; como si la impunidad de los hombres no fuese el más grande de los desórdenes. Dejemos esas máximas necias de un siglo corrompido ; la preocupación que las favorece es vergonzosa ; pero las leyes que la autorizan son atroces. Maldito sea para siempre su inicuo imperio, que exime á un sexo de ser justo, que le da derecho de corromper la virtud sin apoyo y que le asegura el odioso privilegio de tiranizar la debilidad. Atrevámonos á reclamar aquí contra su parcialidad ; después de haber servido tanto tiempo al crimen, que al fin proteja la inocencia.

Sin duda que el libertinaje debe castigarse en los dos sexos, porque turba el orden de la sociedad, pero el castigo debe ser igual. ¡Igual he dicho! Me engaño: raramente la mujer es culpable (hablo de la que aún no se ha prostituido) y raramente el hombre es inocente. Con él comienza siempre el desbordamiento de las pasiones. ¡Cuántos agraciados corruptores hay, cuya única ocupación es tender lazos á la virtud de las mujeres! ¡No estamos habituados á ello? Por poco que hayamos vivido en el mundo nos preciamos de apasionados, y tal es la fuerza de esta ridícula pretensión, que galantearmos aún á aquellas por quien no sentimos nada. Nosotros conseguimos interesar su vanidad, y elogiando el esplendor de sus gracias, procuramos que nazca en su corazón el deseo. Si resisten, lisonjeamos su orgullo, censuramos su残酷, removemos en su alma las más secretas pasiones, y por obtenerlo todo, no hay nada que no pongamos en juego. Para no naufragar en medio de un mar sembrado de tantos escollos, ¿cuánta firmeza no necesita una joven? Sin embargo, ¡cuántas resisten!

El desbordamiento de las pasiones comienza siempre por el hombre, y ninguna mujer se entrega cuando no haya sido seducida; luego un seductor es más culpable que la infortunada á quien deshonra.

Pero, ¿por qué es culpable esta desdichada? Por un momento de debilidad. En las mujeres el libertinaje proviene casi siempre de la dura necesidad, mientras que en los hombres proviene siempre de una inclinación viciosa. Por una prostituta que haga la holgazanería ó el amor al lujo, el hombre hace mil; y, ¿quién no sabe que todas principian por ser seducidas? Por causa de la extrema desigualdad de las fortunas entre nosotros, el mayor número á merced del más pequeño, no halla su subsistencia más que en la servidumbre.

Una joven, huyendo por la miseria del hogar paterno, llega á una gran ciudad para buscar casa; si es bonita, no tarda en caer entre las manos de esas miserables directoras de un pecado que ellas no pueden cometer ya, y que siempre están al acecho de quien pueda aumentar su infame tráfico. Bien pronto, tomada como criada, se le conduce á un lugar de libertinaje y es entregada sin

piedad á algún viejo vicioso. ¿Evita al bajar en la hospedería el funesto encuentro? Pues no tarda en hallarlo en uno de esos sitios donde se destella á los criados que buscan casa. ¡Menos novicia ó más dichosa encuentra acomodo! La desgracia que la amenaza no ha hecho más que diferirse, la aguarda en este nuevo asilo donde amos y criados trabajarán para seducirla; dulces palabras, lascivos propósitos, canciones obscenas, promesas, presentes, astacias, violencia, todo se emplea y frecuentemente con éxito. ¿Se resiste? Pues no queda victoriosa; todavía, expuesta á los ataques de todas las que se emplean en proporcionar placeres volúptuosos al rico, lo que no han podido hacer pequeños dones lo hace al fin la oferta de una suerte brillante; la infeliz cambia de estado y se ve casi siempre abandonada en el mundo después de la pérdida de su honor.

Y no se crea que sólo la belleza está expuesta á este escollo; toda joven que se ve en el mundo sin socorro, sin amigos, sin padres, sin amigos, no tiene más remedio para subsistir que abandonarse á los perdidos que quieran sacar ventaja de su triste posición.

El libertinaje causa horror, y no encuentro nada que lo justifique; no obstante, como casi siempre es forzoso en las mujeres, el gobierno no tiene derecho á castigarlas en tanto que las deje carecer de lo necesario; y todavía tiene menos el derecho de hacerlas llevar á ellas solas la pena de una falta que no hacen más que compartir. Pero una vez libradas de la miseria é instruidas de sus deberes, de los riesgos que corren, de los medios de resistir si se colocan en esta infame situación, se harán responsables á la justicia.

El libertinaje no es menos criminal bajo el artesonado techo que bajo el casillero de una choza; así es que una mujer que olvida su cuna, su educación y sus deberes para renunciar á la virtud, no merece más miramientos. Pero los corruptores, sobre todo, deben sentir la mano de la justicia.

He insistido demasiado en este artículo, que bien lo necesitaba, porque interesaba á la mitad del género humano, á la opinión pública, que respecto á él es monstruosa, y á las leyes que se relacionan con él, que son bárbaras, y su injusticia parece consagrada por los le-

gisladores de todas las naciones civilizadas.

¿De dónde procede tan gran unanimidad de pareceres en esta materia? De que los hombres solos han hecho las leyes. Esa es su imparcialidad en una cava donde ellos son juez y parte.

JUAN PABLO M2;at.

El evangelio

El experimenta está hecho ya; la salvación humana por la caridad es imposible. Su realización no cabe sino por medio de la justicia.

Tal es el clamor poco á poco soberano que se eleva de todos los pueblos. Hace cerca de dos mil años que el evangelio, aborto de Jesús, no ha rescatado nada, el sufrimiento de la humanidad ha seguido siendo tan grande, tan injusto como antes. Y el Evangelio no es ya otra cosa que un código abolido de que las sociedades jamás podrán sacar más que errores y perjuicios.

Es necesario emanciparse.

¡Qué error tan extraño es coger como legislador social á Jesús, que vivió en otra sociedad, en otra tierra, en otros tiempos! Y si el propósito era no conservar de su moral, de su enseñanza sino lo que estas pudieran tener de humano y de eterno ¡qué peligro todavía el que encerraba la aplicación de preceptos inmutables á las sociedades de todos los tiempos! Ninguna sociedad podría vivir bajo la aplicación estricta del Evangelio.

Jesús es el destructor de todo orden, de todo trabajo, de toda vida; negó la mujer y la tierra, la eterna naturaleza, eterna fecundidad de las cosas y de los seres, y después vino el catolicismo á construir sobre él su espantoso edificio de terror y de opresión.

El pecado original es la herencia terrible que renace en cada criatura y se niega á admitir, como admite la ciencia, lo correctivo de la educación, de la circunstancia y del medio. No existe concepción más pesimista del hombre que la que lo hace presa del demonio desde su nacimiento, y le obliga á la lucha contra él mismo que dura hasta la muerte. Lucha imposible, absurda, puesto que en ella se trata de cambiar totalmente al hombre, de matar á la carne y la razón, de destruir en cada

pasión una energía culpable, de perseguir al diablo hasta en el fondo de las aguas de las selvas, hasta la cima de los montes para aniquilarlo allí con la avia del mundo.

De modo que la tierra no es más que un pecado, un infierno de tentaciones y de sufrimientos que uno atraviesa para merecer el cielo! Admirable instrumento de policía, de despotismo absoluto; religión de muerte que sólo la idea de caridad ha podido hacer tolerable; pero que la necesidad de justicia arrastrará forzosamente!

El pobre, el miserable, engañado que no cree ya en el paraíso, quiere que los méritos de cada cual sean recompensados en la tierra; la eterna vida torna á ser la diosa buena; el deseo y el trabajo son la ley misma del mundo; la mujer fecunda vuelve al puesto del honor, y la imbécil pesadilla del infierno cede el puesto á la gloriosa naturaleza que no cosa de crear.

El viejo sueño semita del Evangelio desaparece barrido por la clara razón apoyada en la ciencia moderna. Hace mil novecientos años que el cristianismo estorba la marcha de la humanidad hacia la verdad y la justicia, y la humanidad no continuará su evolución hasta el día en que lo haya abolido, colocando el Evangelio en la categoría de los libros de sabios, sin considerarlo ya como código absoluto y definitivo...

E. Zola.

Psicología de las huelgas

(CONCLUSIÓN)

Ciertamente que aquellos hombres, no intentaron probar al acudir á la lucha la disciplina de sus energías revolucionarias, ni pretendieron dar al acto una significación económica y mucho menos evitar la efusión de sangre, dando á la cesación del trabajo un carácter de hecho reflexivo, de declaración de guerra de precios. Respondió aquel acto á un estado de la conciencia individual de aquellos trabajadores, fué un drama immense, formado por miles de dramas; cansados de soportar la injusticia, promovieron la huelga sin pretender construir un estadio en la afirmación razionada de un derecho. Es ésta la primera fase de la huelga, en la que el individuo, por instinto activo, se rebela con-

tra la injusticia del patronato sin añadir á su sentimiento una respuesta óptica; la manifestación instintiva chocá con la la razón serena y fría, surgiendo de esta colisión el hecho violento. Zola, en *Germinal*, ha sorprendido este momento preciso en que la criatura, desesperada y furiosa, se lanza á la contienda riéndose de las balas, sin más reflexión que la del hombre primitivo que en su inconsciencia juega con el peligro; también Hauptmann ha tocado muy bien en *Los Tejedores* esta cuestión, presentándonos este sobresalto irreflexivo en héroes que, á pesar de vivir en pleno siglo XIX, se asemejan en un todo á los Jacques del XIV.

En Montceau las aspiraciones del proletariado se estrellan contra el muro de ballonetas que limitan el horizonte social, y las reivindicaciones que pretendo no son las propias de una clase dueña de sus actos y capaz de tratar á sus enemigos de potencia.

La huelga que termina con los fusilamientos de Fourmies, puede servir de tipo de la segunda fase; en ella el razoñamiento colectivo nace del instinto individual. Allí el pueblo tiene conciencia de sí mismo, y si la fuerza bruta interviene, es por una decisión audaz de la burguesía, cuando ya los obreros han sostenido en orden los derechos adquiridos.

El papel del prefecto Isaac fué apreciado en todo su valor; en ese papel inspiraron los funcionarios para excederse en todas partes sin respetar siquiera su propia dignidad, no ya como personas, que eso importa poco, y no estaban obligados á elevarlas á gran altura, sino como ejecutores de una función representativa; su iniquidad hipócrita aparece á los ojos de todo el mundo, y quizá hasta los suyos mismos, aunque no tengan el valor de reconocerlo así. Montceau es una lucha; Fourmies es el derecho bárbaramente atropellado, la legalidad natural asesinada y suplantada por la legalidad escrita. En Fourmies, antes del día cruento, la colectividad obrera sabía sus derechos y había orientado su marcha y sus esfuerzos, creyéndose capaz de conservar el orden y de sujetar su espíritu á una táctica sociológica.

Carmaux ha dado el tipo de la tercera fase por que han atravesado las huelgas; en ella el instinto individual de la huelga se torna en colectivo y razonado, tornando entre los obreros la fuerza de un principio adquirido, lo que hace que al mismo tiempo que en esta fase se afirme, se atenue y desaparezca la posibilidad de derramamientos inútiles de sangre. En

Carmaux ha habido luchas violentas, pero no se han disparado tiros. Con la conciencia que el principio adquirido proporciona, el obrero se revista de diplomacia suficiente para evitar el desorden y no dar ocasión á la fuerza pública para que se «crea en el deber de establecer el orden»; toma esta idea del Socialismo activo, y la inútil y sangrienta insurrección es substituida por la guerra económica.

Termina en esta tercera fase de la huelga el empleo de los viejos procedimientos de lucha, creados por el desaliento y la injusticia del trabajo; la efervescencia del soldado se atenua, el agente provocador ya no trata de que los conflictos se resuelvan por la sola acción de las armas.

Toda la táctica del Socialismo está encaminada á hacer imposible que tales procedimientos vuelvan á resurgir, para lo cual presenta á la fuerza brutal de la burguesía una superficie bruñida, impermeable, fría; procura que la huelga sea una amenaza ordenada y tranquila de cesación en el trabajo, en la que no se dé motivo para el desorden, ni pretexto para que se saque un sable ni para que se encabrite un caballo. Para conseguir todo esto, falta suprimir la excitación nerviosa de la miseria, engendradora de la revolución. Comprendiéndolo así, el Socialismo trata de desterrar la miseria, ese fermento peligroso, en la medida de lo posible, creando Cajas de Resistencia para mantener á los huelguistas, robusteciendo las organizaciones obreras, estudiando las condiciones de cada huelga para declararlas sólo cuando verdaderamente puedan ser útiles, bien porque debiliten la fuerza de los patronos ó porque apresuren una concesión beneficiosa á los trabajadores. Esta labor es la que ha hecho entrar á la huelga en esta última fase, la única lógica y provechosa la que la convierte en un principio adquirido.

La burguesía ha visto inmediatamente el peligro de los nuevos procedimientos de lucha, y al instante ha puesto en tortura su ingenio para demostrar al obrero que el uso del derecho á la huelga le es perjudicial é impide su propio bienestar. Por mucho tiempo le ha bastado con repetir la frase de Felipe de Valois á Crécy: «Barredme esta canalla que entorpece el camino sin razón»; pero al presente, síntoma curioso y probado, trata de explicar al pueblo, por la vía de-

corosa de los periódicos, que son sus órganos, que el derecho á la huelga le reporta un gran perjuicio. Este único hecho basta para que la parte más inteligente de los huelguistas crea que ese derecho es excelente.

Y así llegamos á la huelga de Marsella, modelo de esta tercera fase, caso que yo considero tipo por haberse guardado en ella el orden más completo, á pesar de que los incidentes que se suscitaron dieron sobrados motivos para que el conflicto tuviese una solución sangrienta. Pasé en Marsella el invierno y la primavera de 1901, por lo que pude presenciar todos los episodios de aquella lucha y estudiar la psicología de aquellas multitudes.

Cuantos elementos conducen á las soluciones violentas estuvieron allí representados: de un lado, una burguesía nefasta compuesta de usureros tiránicos, endurecidos por el orgullo que la posesión de las riquezas origina y por las ideas clericales y reaccionarias que profesan; son aquellos patronos gente dura con los trabajadores y están imbuidos por esos prejuicios locales que imposibilitan para interpretar inteligentemente el altruismo, al que niegan valor y eficacia; cuando surge un altercado no se dignan tratar con sus operarios, á los que no admiten en el taller si no se someten sin condiciones.

De la otra parte, los obreros desesperados. Marsella es una ciudad cosmopolita, á la que acuden gran número de italianos que ofrecen sus brazos á precios reducidísimos y hacen bajar los salarios; hay también extranjeros de todos los países; abundan los vagabundos que alegres aguardan las ocasiones que se les presentan de pescar en agua turbia; una hez internacional, masa propicia para toda perturbación, vive siempre en Marsella. Sirve de marco á este cuadro las barriadas de casas miserables y viejas, los enormes docks, lugares todos desprovistos de vigilancia. Como elementos oficiales citaré un ejército considerable que de continuo patrullaba por la población, y á lo lejos, en París, un gobierno falaz y hostil á los huelguistas. En la ciudad, un municipio netamente socialista y una prefectura que trata de ponerle en mal lugar ante los ojos del ministro y procura aprovechar cualquier motivo para restablecer el orden por la fuerza de las armas. He

aquí el estado de Marsella en la huelga de 1901.

En estas condiciones, M. Flaissières, el alcalde, tuvo que derrochar tesoros de energía y firmeza para, venciendo las dificultades que le oponían la prefectura, los concejales burgueses y los ambiciosos, llevar el asunto á feliz término. Procedió con la dignidad y alteza de miras propias de un verdadero conductor de pueblos. Aún recuerdo con emoción los instantes críticos en que el alcalde exhortó á la calma á una muchedumbre que cubría por completo las aceras que se extienden delante del entonces desierto muelle del Puerto Viejo, á cuya vista los barcos aguardaban, abarrotados de mercancías, la descarga. Al escuchar su voz cesaron los gritos y terminaron las pendencias; el ebrio calló y la mujer cesó en sus lamentos; una disciplina tácita se extendió por la irritada multitud. Pasaron repetidas veces los soldados; mirándolos con rabia los huelguistas, sin provocarles, pero sin temor. En otros lugares de Marsella se suscitaron pendencias, más en los que el alcalde visitó hubo tranquilidad.

Transcurrieron días angustiosos en los que el temido conflicto estuvo á punto de estallar; tanta era la agitación que reinaba en todos los espíritus, que cuando los grupos de soldados pasaban por entre la multitud, un estremecimiento sacudía á ésta é instintivamente los hombres buscaban los revólveres. El choque parecía inevitable; felizmente, no sobrevino.

Es que la tercera fase del instinto de la huelga había convertido ya en principio adquirido. En aquella situación la persona de M. Flaissières encarnaba la idea entera.

La huelga de Marsella terminó sin derramamientos de sangre, tomó la fisonomía propia de un orden de cosas nuevo. Ya había desaparecido el heroísmo del insurgente de barricada propio de los Vallés y de los Blanqui, en el que el combatiente cae envuelto por el humo y cubierto por la bandera roja. No es menos noble el heroísmo del luchador moderno; su heroicidad es una resultante de la lógica, de la calma y del juicio sereno y cierto.

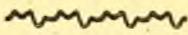
En lo sucesivo la huelga se desarrollará conforme á la idea expuesta por el Socialismo; provendrá siempre de un acuer-

do formalmente tomado por la colectividad, nunca de la decisión impensada de un grupo de perturbadores, verdaderos maleficiores á veces, y en su desarrollo el obrero usará de la diplomacia que la experiencia y las circunstancias le aconsejen, sometiéndose á una voluntad directora y disponiendo para la satisfacción de sus necesidades de fondos de resistencia. Las huelgas serán movimientos casi matemáticos, estudiados, se declararán á la misma hora en diversas regiones, perturbando la producción hasta el punto que convenga.

Tal es la forma de la futura guerra civil, contra la cual no podrán los Thiers emplear su supremo recurso, «la necesidad de mantener el orden», con la fuerza de las armas, perturbación que á nadie conviene más que á ellos, por lo que procura producirla, valiéndose para sus criminales fines de agentes especiales que por todos los medios tratan de cumplir su cometido.

La psicología de la huelga ha llegado á su último término; de la maldición del trabajador que irreflexivamente abandona su pico vencido por la naturaleza, se ha pasado á que la protesta sea un acto razonado, propio de un ser con conciencia de su derecho y de su deber. Lo que era impulso intermitente é indisciplinado de una clase que se siente oprimida, constituye ahora un estado de conciencia constante y reflexivo que encamina sus esfuerzos, cada vez más poderosos, á la supresión de los intermediarios, de esa clase parasitaria que se lleva lo mejor del trabajo humano.

Camille Mauclair.



Socialismo é individualismo

Socialismo puede significar muchas cosas diferentes. En el sentido que usamos la palabra, denota un sistema definido de opinión, un plan particular de reforma social, un método para guiar muchas reformas diferentes. Un socialista es simplemente lo opuesto de un individualista.

El individualista considera que la perfección de una economía industrial consiste en dar á los principios de interés propio, propiedad privada, y libre competencia en que reposa el orden de cosas actual, el más gran campo de que sean capaces, y que todos los males económicos

existentes son debidos, no á la obra de estos principios sino solo á su construcción, y que todos esos males desaparecerán gradualmente cuando la competencia sea facilitada por todos los medios, cuando la ley haya cesado de intervenir y deje á la industria en paz.

Un socialista, al contrario, es el que rechaza la cómoda teoría de la armonía natural de los intereses individuales, y que en lugar de deplorar las obstrucciones que embarazan la obra de los principios de competencia, interés privado y propiedad individual, piensa que es precisamente por causa de esas «obstrucciones» que la moderna sociedad industrial consigue existir.

Librad esos principios de las limitaciones impuestas ahora á ellos por la opinión pública, por un sentimiento de equidad y de benevolencia, y la desigualdad de la riqueza será inmensamente gravada y las clases trabajadoras serán inevitablemente reducidas á la miseria. El mundo industrial caería en una anarquía general, en la cual aquellos que tienen, tendrían aún más, y los que no, perderían lo que tienen. Rehusamos unirnos á la admiración general de muchos economistas por este estado de guerra en que el triunfo es siempre del rico. No creemos que sea el estado de naturaleza ni el estado perfecto de la economía social, sino un desgraciado juego de fuerzas egoístas y opuestas, contra balancear y mitigar el cual debe ser uno de los propósitos de los economistas.

El individualismo ha tenido ya demasiado libre el camino, y especialmente en el inmediato pasado ha sido demasiado soberano.

La obra del mundo no puede ser seguida por un conjunto de átomos hostiles, moviéndose continuamente en un estado de guerra social, y, por consiguiente, para el verdadero resguardo de la sociedad industrial debemos tener un cambio. Debemos desistir de nuestro individualismo, y trabajar según las tendencias más constructivas y positivas del socialismo. El socialismo y el individualismo son dos principios opuestos que pueden ser empleados para regular la sociedad económica ó industrial, y yo soy socialista porque creo que la sociedad sufre ahora por una excesiva aplicación del principio individualista, y que solo puede ser curada por una extensa aplicación del principio socialista.

El socialismo ensancha la esfera de la independencia individual, que el individualismo reduce; el socialismo acuerda á cada hombre su mayor valor posible, el individualismo hace de cada hombre un agente, un instrumento, una cifra; el socialismo y el individualismo coinciden solamente en la simple palabra igualdad, pero con esta diferencia: el socialismo quiere la igualdad en la libertad, el individualismo busca la igualdad en la coacción y en la servidumbre.

A. C. Thomson.

Los trusts

SUS VENTAJAS É INCONVENIENTES

Pocas palabras bastan para comprender las ventajas de los «trusts». El «trust» como todo proyecto económico que lleva consigo la unión, es indudable que es un medio altamente poderoso, sin que se le pueda comparar al esfuerzo individual. Con el «trust», que es el aniquilador de la pequeña industria, desaparecen rápidamente por consunción esas actividades pesadas, inoportunas e infructuosas y se transforman en una suma de energías y actividades. Los residuos del material bruto, que de otra manera no servirían para nada, se trabajan como productos accesorios. En una palabra, el «trust» aprovecha todo, esparce por todas partes anuncios y viajantes, regula las corrientes del transporte, asegura la mejor distribución del trabajo y sabe emplear y aplicar los resortes de una buena y activa administración; á la vez que, por lo que á la producción se refiere, es el «trust» el modelo de una activa, exuberante y económica organización.

Pero, por otra parte, la concentración del capital para formar el «trust» acrea grandísimos perjuicios sociales. La experiencia de veinticinco años, adquirida con la historia de los «trusts» americanos, señala los perjuicios siguientes:

1.^o El que emplea su capital es perjudicado por los fundadores del «trust», puesto que le usurpan ó le disminuyen el dinero; cosa muy fácil si se simula el empleo de un capital mayor del presupuestado, haciendo disminuir con esto el valor nominal. Viene después nuevas emisiones de cupones para reorganizar el «trust», y con esto decrece más y más el valor real del capital.

2.^o Los poseedores de acciones son perjudicados con mucha frecuencia por las especulaciones de bolsa que el «trust» lleva consigo. Los fundadores del «trust» es indudable que son los que conocen el negocio tal cual está, los que hacen los balances y señalan los dividendos y, por consiguiente, pueden hacer subir ó bajar las acciones del «trust» y de estas operaciones sacan su utilidad.

3.^o Los consumidores salen perjudicados con la elevación de precios que los artículos monopolizados sufren. Y esta elevación de precio no sólo tiene lugar ya desde que se funda el «trust», sino que se aumenta aún más por efecto de la depreciación ocasionada por el agio en las acciones del «trust», y sucede que en el «trust» aún el capital ficticio produce renta, renta que paga el consumidor.

4.^o Los productores de materiales en bruto son perjudicados por la depreciación que sufren sus artículos; su principal enemigo es la tarifa.

5.^o Las Sociedades económicas de obreros pierden también mucho de su poder ante las tarifas y los reglamentos. Por su naturaleza y por su historia son las Sociedades obreras opuestas á todo aquello que pueda significar capital reunido.

El número es lo único que puede favorecer al obrero en muchas ocasiones. Es cosa sabida que en toda industria conspira una organización contra otra. Los «trust» conquistan á los capitalistas aquellas ventajas que tenía perdidas en relación con las Sociedades obreras. Y bien puede decirse que en la lucha del capital y el trabajo es muy dudoso asegurar quién conseguirá la victoria. La limitación de la producción, la destrucción de las actividades inferiores, el cierre de algunas fábricas, son cosas muy fáciles al «trust», advirtiendo que es tan difícil poder conseguir que una Sociedad de esa naturaleza no doble sus ganancias, que nos atrevemos á decir que saca partido indudablemente aún de las circunstancias que más desfavorables parezcan.

6.^o Finalmente, la fuerza política puede conquistarse el favor de un «trust» con el capital que á él va unido, cosa no menos peligrosa para la libertad que para la moral pública. El peligro de corrupción que esto ocasiona, es mucho mayor en un pueblo democrático cuya clase trabajadora no está aún muy madura en política.

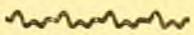
«Eternal vigilance is the price of liberty», (Burke). El precio de la libertad de

un pueblo es la perpetua vigilancia. Si el trabajador no está alerta—y los políticos de un pueblo democrático rico trabajan por cerrarle los ojos—perderá más que aquél otro que sufre continuamente la opresión del capital. La libertad sin vigilancia convertirá una democracia con capital en una oligarquía corrompida por completo. Esto sucede tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos.

Como se ve, las ventajas y perjuicios del «trust» son generalmente las mismas que las de la concentración del capital. Y para sus efectos sobre la vida económica de los pueblos es lo mismo que la concentración se lleve á cabo por un impulso natural y ordinario, como si se emplea para conseguirla todo el esfuerzo de la actividad humana. La diferencia consiste solamente en el tiempo en que se efectúen ambos procesos.

El fundador de un «trust» necesita menos tiempo para reunir en una fuerza poderosa cierto número de energías que la Naturaleza con su natural impulso. En lo que se diferencian mucho ambos procesos es en su efecto sobre el sentimiento y el pensamiento social. Todos nos inclinamos á respetar los efectos de las energías naturales puestas en acción y no nos extraña que, gracias á los esfuerzos y al trabajo, se llegue con el tiempo á adquirir una preponderancia mayor ó menor; pero tan pronto como apareció el «trust» en el mundo provocó una irritación profunda que hizo cambiar de rumbo la política y las leyes. De ahí es que, naturalmente irritadas las pasiones, se hayan pedido con insistencia medios para poner un dique á ese poder absorbente, que amenaza con llegar á hacer desaparecer los derechos del hombre; y en América es indudable que el fundamento del Derecho es el libre esfuerzo individual.

M. BEER.



La bancarrota del individualismo

Es un verdadero triunfo que tenemos que apuntar á nuestra causa: de algunos años acá, el individualismo económico se nos ofrece en completa decadencia.

Han ido viendo claramente que sus soluciones inspiradas en el famoso «laissez faire, laissez passer», no son, si bien se mira, tales soluciones, puesto que dejan en pie, sin resolver, los problemas que la realidad económica plantea.

Creyóse por muchos que el régimen actual, la forma capitalista de la producción, era la forma perfecta y definitiva, y se entonaron himnos de alabanza en honor de las supuestas armonías económicas emanadas de un sistema que parecía incombustible. En él, el Estado debía cruzarse de brazos, mirar impasible la titánica lucha de los poseedores y los desposeídos. Los que cayeron en esta lucha, los vencidos, bien vencidos estaban. Así estaba decretado por esa gran ley biológica que consagra el triunfo de los «mejores», de los mejor armados. ¡Como si la historia de la civilización en su más sencilla fórmula no hubiese consistido en substraerse precisamente á las leyes de los seres inferiores!

Pero aquellas anunciadas armonías no parecieron por ninguna parte. Lejos de ello, surgieron á diario pavorosos conflictos; el proletariado unido y organizado hizo presión sobre los gobiernos burgueses, y aparecieron las llamadas leyes obreras, la legislación protectora del trabajo, el más rotundo mentis dado á la eficacia del «dejad hacer, dejad pasar» del Estado individualista.

Con asombro y aún con escándalo de los creyentes del clásico sistema, el Poder llevó su acción legislativa sobre aquello que se reputaba intangible y de la más pura esfera de lo privado, sobre lo que, según ellos, debía ser abandonado al libre juego de la concurrencia, y el Estado legisló sobre el trabajo, reglamentó las condiciones de los talleres y las fábricas, señaló las horas que debían trabajar los obreros según su sexo ó su edad...

El movimiento avanza en todos los países, y cada día los Estados burgueses se ven impulsados á nuevas concesiones.

Derrotado el individualismo, se habla ahora de encontrar fórmulas que armonicen los intereses del capital y del trabajo. Pronto, sin embargo, ha de verse —la realidad se encargará de demostrarlo— á los que no lo ven de otro modo— que ni existen tales fórmulas, ni pueden existir, y que el capital y el trabajo, como entidades económicas, son dos enemigos irreconciliables, á cuyas escaramuzas estamos asistiendo, pero cuya última batalla será el primer día de una nueva era en que el capital dejará de funcionar como hoy funciona, y los hombres no se verán arrastrados por los fenómenos económicos, sino que se impondrán á ellos encauzándolos y dirigiéndolos.

Del extranjero

Mortalidad por el alcoholismo

En el «Bulletin de l'Academie de Médecine», de París, escribe el doctor Ch. Ferney:

«Desde hacía mucho tiempo pensaba el autor que uno de los medios de combatir los estragos del alcoholismo sería el de hacer conocer por medio de las estadísticas hebdomadarias de la ciudad de París la parte considerable que le corresponde en la mortalidad general.

En tres ocasiones diferentes ha propuesto á la Academia pedir que el alcoholismo fuese expresamente mencionado como causa de muerte en las estadísticas oficiales en lugar de la indicación casi inútil de las enfermedades orgánicas que dependen de él. Pero en presencia de las dificultades de la ejecución, se acordó invitar á los miembros de las sociedades médicas, de los hospitales, hospicios y asilos para hacer estadísticas personales sobre los muertos por alcoholismo, ya sea como causa principal y única, ó como causa accesoria ó ayudante.

He aquí los resúmenes muy sumarios de las estadísticas hechas en un cierto número de servicios de hospitales y de hospicios situados en diferentes cuarteles de París, durante un período de 10 á 15 meses.

Sobre un total de más de 1.500 fallecimientos consecutivos sobrevenidos en los hospitales generales, el alcoholismo interviene como causa de muerte en un tercio de los casos (33,81 %), es la causa principal en la décima parte de los fallecimientos (10,20 por 100) y es causa coadyuvante en más de otros dos tercios (22,61 por 100).

La influencia del alcoholismo sobre la mortalidad es más marcada en los hombres que en las mujeres; mientras que por término medio es en los hombres de 33,81 %, alcanza en las mujeres la cifra de 27,29 %; se cuenta, pues, aproximadamente dos mujeres por tres hombres en el número de los fallecimientos imputables á la intemperancia.

En los asilos de alienados, las estadísticas, cuya concordancia es una poderosa presunción de exactitud, muestran que el alcoholismo interviene como causa de enfermedad y de muerte en la mitad de los casos en los hombres y en un sexto de los

casos en las mujeres, ya como causa principal, ya como causa secundaria ó coadyuvante.

Se ve que la influencia del alcoholismo sobre la mortalidad es enorme en París.

Si las estadísticas oficiales le atribuyesen todos los fallecimientos que le son realmente imputables, se vería tomar al alcoholismo la primera línea en las causas de mortalidad al lado de la tuberculosis.

Si la prensa vulgariza la causa exclusiva ó coadyuvante del alcoholismo en más de 200 fallecimientos sobre la cifra media semanal de 1.000 fallecimientos en París ese conocimiento inspiraría quizás reflexiones saludables y temores reales.

Se puede concluir que el alcoholismo, que es en Francia (y en todas partes) una de las más vergonzosas llagas de la época actual, es también una de las principales causas de muerte. Interviene como causa eficaz de muerte en el tercio de la mortalidad general, en la mitad de la de los alienados.

El alcoholismo es, pues, un verdadero peligro social, y todos los que tiene alguna intervención en la salud pública deben combatirlo.»

La casa del porvenir

El mago de Menlo Park da en este momento la última mano á dos invenciones que revolucionarán al mundo: la primera es su batería de acumuladores á cobalto. Ella no pesará más que 40 libras por caballo de vapor en lugar de 85 á 100 libras, peso medio de los acumuladores actuales costará menos cara y podrá durar de seis á ocho años. Seguramente, será grandemente empleada en todos los vehículos automóviles, y ayudará á resolver el problema de la congestión del tráfico en las grandes ciudades: un coche eléctrico es cerca de la mitad menos largo que un coche atulado de un caballo, y el tráfico podrá ser dos veces más intenso, sin que los obstáculos en las calles sean aumentados.

Edison termina además el modelo de su casa de hormigón para obreros. Ha preparado moldes de fundición niquelados interiormente. Estos moldes son montados en el punto donde se quiere construir, unidos con tornillos y pernos levantados. En el espacio vacío reservado para las paredes, se echa una mezcla formada por una parte de cemento y dos partes de arena y trozos de piedra. Con ayuda de pren-

sas hidráulicas, se comprime el hormigón en los moldes. Las formas no solamente dan las paredes, sino las escaleras, los corredores, los baños, las piletas de cocinas, etc.

Al fin de cerca de ocho días, se puede retirar los moldes; al fin de otra semana, la casa está dura como la piedra y se puede arreglarla.

Edison cuenta con que por una casa de dos pisos habrá que pagar 5.000 francos (1.000 pesos oro). Este precio podrá parecer elevado, dada la baratura de los materiales empleados; pero los moldes resultan actualmente á 175.000 francos, y los empresarios que los mandan hacer corren ciertos riesgos.

Edison piensa que la baratura de las casas en hormigón permitirá alquilarlas á los obreros por 5 francos 30 semana (pesos oro 5.20 por mes).

Se resolverá pronto el más grave problema de la vida obrera en Montevideo?

La justicia de clase

CONTRA LAS TRADE-UNIONS INGLESES

Desde hace algún tiempo las Trade-Unions inglesas son realmente víctimas de las sentencias de los tribunales, y hoy se debe registrar una decisión contraria completamente al espíritu de la ley de asociaciones inglesas que debe agregarse á la ya conocida acerca del empleo de fondos en gastos públicos.

La sentencia fué provocada por un cierto Smithies, propietario de una casa de decoración en yeso, de Birmingham.

Smithies había citado en juicio á las asociaciones nacionales de los obreros gasistas por daños que le causó una huelga de los trabajadores empleados en su casa.

El industrial había empleado en 1904, como capataz, un obrero no unionista, mientras todos los otros trabajadores eran unionistas (asociados).

Los obreros objetaron esta elección, y advirtieron al propietario con insistencia que no podrían permanecer bajo la dirección de aquel individuo. Después de un año de vanas tentativas para llegar á un acuerdo, los obreros declararon la huelga, y como ésta se prolongó demasiado, Smithies sufrió grandes pérdidas.

En consecuencia, intentó proceso, como hemos dicho, á la Trade-Unión de los gasistas.

El juez Williams encontró que la huelga era una ruptura de contrato, y que la Trade-Unión, habiendo subvencionado á los obreros, se había hecho responsable de los daños causados, y, por consecuencia, condenó á la asociación al resarcimiento de los mismos y al pago de los gastos de proceso.

La Trade Unión condenada ha decidido apelar de esta sentencia, que en otra forma y á pesar de la nueva legislación, repite el caso famoso de la empresa ferroviaria de Taff Wale.

Los miembros de la Cámara de los Comunes inscriptos en el Labour Party, frente al continuo renovarse de estas resistencias, han decidido presentar una memoria al primer ministro, reclamando su atención sobre la mal entendida aplicación de la ley de 1906.

Nada podrá la justicia de clase contra un movimiento obrero inteligente y enérgico como el de Inglaterra.

La pensión á los viejos en Inglaterra

El 1.^o de Enero entró en vigor en el Reino Unido la nueva ley de pensiones á los viejos.

Esta ley no debe ser considerada como definitiva. En efecto, cuando el ministro Asquith la propuso al parlamento, dejó entender que con tal propuesta el gobierno creía dar un paso hacia el objeto que se propone conseguir con las pensiones. La cámara de los señores no quiso afrontar la impopularidad rechazando la nueva ley, pero quiso darle el carácter de ley experimental por el período de siete años; y la cámara electiva respondió sosteniendo su derecho á pasar más allá de las decisiones de la cámara de los señores, cuando se trata de una ley financiera.

La ley está basada en un sistema que da especial valor de experimento social á su aplicación.

Se ha querido excluir, formulándola, el sistema de la contribución individual; de manera que ninguna cotización semanal, mensual ó anual deberá efectuar el futuro pensionado. Nada de esto. Cualquier persona que haya cumplido sesenta años de edad podrá hacer valer su derecho á la pensión; si su pedido es reconocido como válido, deberá declarar la cifra exacta de sus rentas, cualquiera que sea su proveniencia. Si esta renta es inferior á 12 chelines y 1 penique (fran-

cos 15.10) por semana, corresponderá un suplemento pensión para alcanzar la cifra de 13 chelines (francos 16.35). El máximo de la pensión no deberá pasar la cifra de 6.25 francos semanales; la unidad de medida de la disminución es el chelín (francos 1.25) y el mínimo está fijado en 1 chelín.

El derecho á la pensión se establece en las siguientes condiciones: ser súbdito británico ó naturalizado desde veinte años por los menos; probar que sus rentas anuales no pasan de 850 francos; haber vivido siempre en Inglaterra, ó no haber estado ausente más de ocho años durante los veinte que preceden al pedido de pensión.

Se exceptúa á los militares, á los funcionarios coloniales, á los marinos del Estado ó del comercio.

Los emigrantes son excluidos, á no ser que se hayan repatriado doce años al menos antes de haber presentado la solicitud.

Dos viejos casados tienen derecho á la pensión tanto el uno como el otro, si el monto de sus entradas personales—aunque uno de los dos no tenga ninguna—no supera la cifra de 1.700 francos anuales.

Si los viejos habitan con sus hijos, las rentas de éstos no entran en el cómputo de la entrada personal de los viejos.

Las restricciones al derecho de pensión son numerosas.

Ante todo, los indigentes están excluidos, porque como tales encuéntrense ya á cargo de su colectividad, correspondiéndoles un socorro especial; se considera como indigentes á todas las personas que en el curso del año precedente á lo solicitó hayan recibido un socorro cualquiera por la asistencia pública, aunque no renovado, (porque hay mucho necesitados, que en previsión de la ley, prefieren dirigirse á la caridad privada antes que á la asistencia pública).

Son excluidos también aquellos que reciben de la asistencia pública cualquier subsidio normal; todos aquellos que perciben de los hijos, en virtud de un fallo judicial, la pensión alimenticia; aquellos que por hábito de haraganería no han logrado adquirir lo necesario para ellos y para su familia; los que han sufrido condenas infamantes (esta exclusión tiene valor por diez años consecutivos después de la liberación en esta

categoría; están incluidos también los condenados por ebriedad habitual).

Para el pago de la pensión á los viejos que la han pedido, con los documentos fehacientes de su derecho, se ha escogido un sistema bastante sencillo, práctico.

El pago es semanal. Cada pensionado recibe un bloc de 52 bonos, cada uno de los cuales vale por cada una de las 52 semanas que componen el año, y por la suma de pensión semanal concedida.

Desde el 1.^o de Enero de 1908 los poseedores de estos blocs podrán, como en cualquier otro día de cada semana, destacar un bono del bloc, y presentarlo á la oficina de correos de su distrito, la cual le pagará la pensión.

Las pensiones, según cálculos hechos con mucha severidad por el ministerio, pesarán en la balanza del Estado por cerca de 150 millones.

A pesar de las restricciones que la empequeñecen, la ley de pensiones es una verdadera conquista obrera.

¡Cuánto se diferencia del humillante é inseguro socorro de la vieja caridad burguesa!

El Zar no irá á Italia

Ayer se volvía á insinuar, en un telegrama de San Petersburgo, la posibilidad de un viaje del czar á Italia.

Debe tratarse de una nueva exploración del ánimo público italiano que ya ha mostrado, en diferentes ocasiones, su profunda aversión al verdugo ruso.

Este, probablemente, no pisará tierra italiana. Los socialistas consideran con razón un insulto á los sentimientos humanitarios y democráticos que el opresor y martirizador del pueblo ruso se pasee por las ciudades de Italia, paseando su importancia, su poder. Y encabezados por Oddino Morgari, el valiente diputado socialista y director del «Sempre Avanti!», están preparándose á hacer fracasar el sonado viaje.

Para dar más vigor á la iniciativa, se la ha sacado del círculo de un solo partido. Echadas están las bases de un «Comitato nazionale contra la venuta dello czar in Italia». Un grupo de socialistas, anárquicos y republicanos, que ya se ha reunido en Roma, dirigirá una circular á centenares de hombres conocidos de todos los partidos avanzados. Recogidas las firmas de ellos, enviará una segunda cir-

cular á millares de asociaciones políticas y gremiales para invitarlas á proceder. Se procura estar preparados para una imprevista llegada del czar, aunque no se cree en su realización.

El autócrata renunciará á su viaje ante la tempestad de silbidos que le amenaza.

Mergari, en la Cámara de Diputados anunció ese recibimiento al czar hace años, cuando se tuvo la primer noticia de su proyectada visita.

Ahora, el «Sempre Avanti!» ofrece un regalo «zarífugo» á todos sus abonados anuales: un pito sonorísimo, como símbolo... práctico de la campaña antizarista. Los pitos para el czar han sido fabricados expresamente por una casa extranjera, á la cual se le han encargado varios millones de ese instrumento... revolucionario.

Dos victorias socialistas

París, Enero 2 de 1909.

Desde hace varios días se discute en los diarios acerca del reciente y significativo triunfo electoral de dos socialistas: obtenido uno en la primera circunscripción del Aveyron, donde fué elegido contra un radical el socialista Cabrol, y el otro en una circunscripción del Saône et Loire, donde el socialista Ducarouge interrumpió una tradición de faudalismo electoral derrotando al joven Sarrien, hijo del ex-ministro de la República.

Esta doble victoria socialista ha tenido por efecto aumentar la confusión en el partido radical francés. Y los comentarios suscitados por ella han sido muy variados en uno y otro campo político. La prensa radical y reaccionaria ha hecho recuer la culpa, ó el mérito, de los éxitos socialistas á la agitación de los maestros de las escuelas populares, que después de la ley sobre la separación han conquistado entre los agricultores el puesto que anteriormente ocupado por los párracos. Los diarios socialistas ven en cambio en las dos elecciones los efectos del congreso de Tolosa, que, reconociendo la necesidad de varias formas de organización obrera, ha acercado mucho el partido á los sindicatos de oficio. Según nuestros compañeros de Francia, estas elecciones han mostrado el grado de desconfianza que á los trabajadores y á los mismos pequeños propietarios les merece el ministerio Clemenceau-Briand-Viviani, por la falta de realización

de las prometidas reformas. La política de doblez con la cual Clemenceau se obtiene en gobernar á Francia comienza á dar sus frutos. Esta política ha provocado en las masas socialistas una gran corriente de actividad y una necesidad de concretar algo, tanto en el campo político como en el de la organización. Por otra parte, se intensifica cada vez más la crisis del partido radical, en el que se manifiestan grietas cada vez más profundas y desfucciones siempre más significativas. La mayoría muestra comprender ahora la imensidad del peligro á que se expone á causa de una política ministerial incoherente, sin programa, sin ideas y sin porvenir.

Clemenceau ha querido crear una inmensa confusión política, de la que el partido conservador se aprovecha para ser el árbitro de las victorias y de las derrotas de los otros partidos.

Ahora bien, se preguntaba últimamente Juan Jaurés, quién ha producido el caos en la política francesa, sino Clemenceau? Por muy serenamente que se quiera y se deba juzgar su obra de ministro, no se puede negar qué el ha levantado contra el partido socialista una coalición multicolor de conservadores, de moderados, de radicales, á tal extremo que la clase obrera no sabe, llegando tal vez á los excesos, establecer diferencias entre todos estos elementos coaligados contra ella.

El mismo Jaurés concluía señalando la necesidad de una acción verdaderamente reformadora y democrática, de volver á ordenar y esclarecer la vida política francesa por medio de la representación proporcional, con la que no serían posibles las intrigas, las sospechas, la confusión y los equívocos, y que da á cada partido sus medios propios de acción.

Especialmente después de las dos últimas elecciones á ellos favorables, los socialistas sienten la necesidad de una lucha franca y decidida en la que cada partido pueda manifestar su propio programa y mostrar la propia y verdadera fortuna.

Con el sistema actual de elección uninominal á mayoría absoluta, se impone en el desempate, generalmente necesario, la coalición de dos partidos ó agrupaciones para dar el triunfo á uno ú otro candidato, recurso á veces difícil y enojoso á que no habría necesidad de echar mano con la representación proporcional.

Superstición socialista y Miopía individualista

Respuesta al libro antisocialista, de Garofalo
«La Superstición Socialista»

Entre las numerosas publicaciones que, en favor ó en contra del socialismo, han aparecido en Italia, después de mi libro «Socialismo y Ciencia Positiva», en el cual demostraba el acuerdo del socialismo con las líneas fundamentales del pensamiento científico contemporáneo, el libro de Garofalo era esperado con vivo interés. Se esperaba á causa del nombre, bien conocido, do su autor y del desacuerdo abierto y radical que, con su libro, venia á ponerse de manifiesto entre los fundadores de la escuela criminal positivista, tan estrechamente unidos anteriormente para la propaganda y defensa de la nueva escuela «Antropología y Sociología Criminal» creada por Lombroso.

Es cierto que la unión científica entre los fundadores de la nueva escuela criminalista italiana, era un hecho, pero jamás marcharon completamente de acuerdo.

Lombroso, en el estudio del crimen como fenómeno natural y social, aportó la impulsión original y el relieve brillante y fecundo de las investigaciones antropológicas y biológicas. Yo aporté la sistematización teórica del problema de la responsabilidad humana, y mis investigaciones sociológicas y psicológicas me han permitido clasificar las causas naturales del crimen y las categorías antropológicas de los criminales. He demostrado el rol preponderante de la *prevención social* bien diferente de la *prevención policial* de la criminalidad, y he demostrado también la influencia infinitesimal de la represión siempre violenta y póstuma (1).

Garofalo estando de acuerdo con nosotros en cuanto á la diagnosis de la patología criminal, aportó sin embargo una corriente de ideas propias casi espiritualistas, y nada heterodoxas: tales como, por ejemplo, la idea que la anomalía del criminal es solamente una *anomalía moral*, que la religión tiene una influencia decisiva sobre la criminalidad, que la represión severa es, en todo caso, el remedio eficaz; que la miseria, no solamente no es el factor único y exclusivo (lo que yo he sostenido siempre y sostengo todavía), sino que

tiene ninguna influencia determinante sobre el delito; que la instrucción popular, en vez de ser un medio preventivo, es por el contrario, un agujón, etc.

Estas ideas, en desacuerdo evidente con las inducciones de la biología, de la psicología y de la sociología criminal, lo que he demostrado ya en otro lugar, no impidieron sin embargo el acuerdo de los positivistas de la nueva escuela. En efecto, estas concepciones personales y anticuadas de Garofalo pasaron casi inadvertidas. La acción de este fué principalmente señalada por la importancia y el gran desarrollo que dió á las inducciones puramente jurídicas de la nueva escuela, que sistematizó en un plan de reformas penales y procesales, posible hoy mismo de llevar á la práctica, para eliminar los disparates más agudos, que la doctrina positivista y su experiencia de magistrado, aunque algo unilateralmente, le habían hecho notar en la justicia penal. El ha sido el jurista de la nueva escuela, Lombroso el antropólogo y yo el sociólogo.

Pero mientras que en Lombroso y en mí se acentuaba cada vez más la tendencia progresista, hasta el socialismo, ya se podía prever que en Garofalo se avivarían las tendencias ortodoxas y reaccionarias, abandonando así el terreno común en que hemos combatido juntos y podremos combatir todavía. Pues yo, no creo que estas discordias sobre el terreno del porvenir social deban necesariamente impedir nuestro acuerdo en el terreno más limitado de la diagnosis presente de un fenómeno de patología social.

Dos clínicos de un temperamento intelectual diferente pueden muy bien hallarse de acuerdo en el diagnóstico de una enfermedad, y estar sin embargo en desacuerdo sobre otras cuestiones médicas ó mismo sobre el pronóstico y el tratamiento de esta enfermedad, siguiendo la orientación de sus miras personales. Apesar de esto, pueden estar de acuerdo para defender el diagnóstico hecho en común.

Es el mismo caso para los partidarios de la escuela de antropología criminal, de acuerdo en la constatación de los absurdos de una justicia penal inspirada por las teorías clásicas y metafísicas; de acuerdo también en la observación experimental del crimen y de su diagnosis, pueden no estar de acuerdo sobre la provisión del porvenir social. Eso sin embargo, nada demuestra contra la verdad de sus observaciones antropológicas y de sus críticas de orden judicial, á no ser que se trate de adversarios más ó menos superficiales ó de algunos partidarios

(1) E. Ferri, «La Sociología Criminal».

cuyo espíritu perezoso se complace con la repetición infecunda de lo que habla de común entre los iniciadores.

En efecto, ese es uno de los secretos de la fecundidad sin igual del método experimental: pues toda conquista nálo desconocido queda irrevocable, á pesar de las dudas y de los desacuerdos en las conquistas ulteriores. En las teorías metafísicas al contrario, si una viga de un andamio silogístico está carcomida ó sufre algún sacudimiento, todo el edificio cae, esperando que otro andamaje, al cual la suerte reserva el mismo destino, sea elevado por la fantasía lógica de otros pensadores, sin el cimiento y el temple de las observaciones positivas.

En la lucha del pensamiento humano contra lo desconocido, las diferentes religiones se excluyen, las escuelas metafísicas se contradicen, las ciencias positivas son las únicas que se desarrollan y completan.

* * *

Después de la exposición de este episodio personal, es necesario examinar ahora el contenido de esta *Superstición Socialista* para ver, en el cisma de los criminalistas positivistas, cual de entre ellos sigue mejor la disciplina de la ciencia experimental, y traza más rigurosamente la trayectoria de la evolución humana.

Es preciso ver quién es más positivista, si aquel que, llevando el método experimental, más allá de las limitadas investigaciones de la antropología criminal, al campo de toda la ciencia social, acepta todas las consecuencias lógicas de las observaciones científicas y da su adhesión abierta al socialismo marxista, ó aquel que, positivista é innovador en una rama especial de la ciencia, permanece conservador en las demás ramas, á las cuales se rehusa aplicar el método positivo, y que no estudia con un espíritu crítico, sino que se contenta con la repetición fácil y superficial de los datos del sentido común y rutinario.

La lectura de este libro pone de inmediato en evidencia, de la primera á la última página, un contraste notable entre Garófalo criminalista heterodoxo, siempre dispuesto para la crítica aguda de la criminalología clásica, siempre rebelde á los lugares comunes usados por la tradición jurídica, y Garófalo antisocialista, sociólogo ortodoxo, rutinario, que encuentra todo bien en el mundo presente, incluso el lujo improductivo e insolente de los *sportmen*, que maldice la Revolución Francesa, para hacer descripción idílica del antiguo régimen, ol-

vidando sin embargo el *parc aux cerfs*, y que, sin aportar ninguna observación original, se limita á repetir las declamaciones más superficiales de Guyot ó de algún otro periodista, y eso en un lenguaje violento y á veces pueril. El, que se distinguía antes por el tono de sus publicaciones, siempre serenas y reposadas, nos hace pensar ahora que está menos convencido de tener razón que lo que quisiera hacer creer, y pone el grito en el cielo.

Por ejemplo, en la página 17 de su libro, en un estilo que no es aristocrático ni burgués, escribe que «Rebel tuvo el *cinismo* de hacer en pleno Reichstag la apología de la Comuna», y olvida que la Comuna de París no debe ser históricamente juzgada sino después que pasen las impresiones repugnantes dejadas por las narraciones exageradas y artificiosas de la prensa burguesa de aquel tiempo. Malón y Marx han demostrado con documentos innegables y consideraciones históricas firmes, cual es el juicio imparcial que merece la Comuna, á pesar de los excesos que—como me decía en el Père-Lachaise, un día del año 1879, Alfred Maury—fueron sobrepasados en mucho por la ferocidad de una represión salvaje.

Lo mismo en las páginas 20 y 22, habla, yo no sé porqué, del *menosprecio* de los socialistas marxistas por el socialismo sentimental, que nadie pensó en *menospreciar*, aún cuando se reconozca que está poco de acuerdo con la disciplina positiva de la ciencia social.

Y, en la página 154, crea discutir... científicamente escribiendo: «En verdad, cuando se vé que los hombres que profesan semejantes doctrinas encuentran medio de hacerlas escuchar, se está obligado á reconocer que la imbecilidad humana no tiene límites.»

Ah! mi querido Garófalo, como me recuerda este lenguaje el de ciertos criminalistas clásicos—te acuerdas? — que creían combatir la escuela positiva con un lenguaje muy parecido á este, que oculta bajo la frase banal la falta absoluta de ideas á oponer á la detestada, pero victoriosa herejía!

Enrique Forri.

(Continuará).

~~~~~

En esta Administración se reciben suscripciones á la «Revista Socialista Internacional» de Buenos Aires.

Precio de cada ejemplar, \$ 0.20.

## Sombrerería Jockey Club

de ARGERIO Y LENA

Gran variedad en artículos para hombres  
recibidos directamente por la casa

Se hacen sombreros de medida -- Precios modicos

Avenida 18 de Julio, 360

FRENTE A LA CONFITERIA AMERICA

## ANTONIO PONZONI

PINTOR

Se encarga de todo trabajo de Pintura  
en general y Decoraciones

Precios modicos. ~ CABOTÉ, 87.

## Marmolería y Casa Importadora

de JOSÉ M. CAPELÁN

### ESPECIALIDAD EN LAPIDERÍA

VARIEDAD EN MÁRMOL DE COLORES

Precios modicos

SE ATIENDEN PEDIDOS PARA CAMPAÑA

SUIPACHA Núm. 8, casi esq. Justicia

## Sastrería Cosmopolita

de ROQUE AZERENZA

Casa especial en la confección de trajes sobre medida

Ceslmires de alta novedad

Corte, confección y prados sin competencia

CALLE 18 DE JULIO, 470 b (c si esquina Olimas)

MONTEVIDEO

## Emilio Costa

ESCULTOR EN MADERA

18 de Julio, 510.

## Aviotti y Cagnoli

LUSTRADORES DE MUEBLES

Se encargan de toda clase de trabajos  
concernientes al ramo  
Lustrar puertas estilo inglés y encerar pisos  
al natural y con colores

PRECIOS CONVENCIONALES

Tacuarembó 87.

## Casa Mérola y C.<sup>a</sup>

## del Río de la Plata

Diplomado en la Academia Nacional de Sastres de Paris

MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN DE LONDRES

Surtido completo en confecciones para Hombre, Señoras y Niño;  
uniformes Diplomáticos,  
equipos militares y libreas para cocheros

CASA DE COMPRAS EN PARIS

SE ATIENDEN PEDIDOS DE CAMPAÑA

Calle 18 de Julio, 230 y 234 - Montevideo

